



CINEMANÍA

Dib. BARBERO.—Madrid.

- Parece mentira ¡darte calabazas con lo enamorados que estábais! ¿Y cómo ha sido eso?
- Porque dice Lili que cada día que pasa me encuentra más antifotogénico.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre és-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al núm. 159

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

7.—Comida modesta.

S — SOICVRIU8
Y
1 000 101 5000
2 A 2

8.—Geroglífico celeste.

UN RÍO
CERCO DE UNA PLAZA — A

9.—Juego de manos.

: 100 A
PEPE - HILLO
NADA



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

10.—De la langosta.

—¿Donde vas con ese *prima-dos*, Marcial?
—Voy a ver si me *tercia-dos* el tío Cirilo.
—Ten cuidado, pues me han dicho que tiene la *tercia-cuarta* extraviada...
—Sí puede ser, pero yo tengo muy buena *todo*.

LOS

famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SON

infalibles para la destrucción de toda clase

: :: de insectos :: :

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de diciembre.

11.—¿Dónde está Travieso?

N
50 CERVECERIA
GOMA
NOTA

12.—Un pueblo.

1000 hace un nudo al
fajo de billetes
REFUGIO DE JABALÍES

13.—De actualidad.

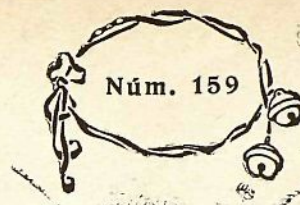
EN LA CIRCUNFERENCIA
TOCAR CON LAS MANOS
EN LAS PAREDES



PAPÁ, MAMÁ Y YO
usamos todas las mañanas la
P A S T A D E N S

Deja en la boca el sabor de un delicioso bombón, perfumado y refrescante. Limpia la dentadura con la suavidad de una esponja, dándole una blancura y un brillo insuperables.

PERFUMERÍA GAL. MADRID



CUESTIONES DE POCO PESO

EL SEÑOR QUE ESCOGE UN PURO



ACE días tuve la desgracia de coincidir en el estanco con un fumador de puros.

Un fumador de puros que sienta concienzudamente su profesión es la persona más depravada del mundo. La humanidad debería reducirle a prisión; y si me apuran ustedes un poco, asesinarlo.

El fumador de puros entra en el estanco muy gravemente, poseído de su gran misión de fastidiar al prójimo y lleno de esa petulancia inícuca de los seres refinadamente perversos. Se acerca al mostrador y pide puros de dos pesetas y de una peseta cincuenta céntimos. El estancero, hombre amable y abnegado, saca varias cajas y las coloca, abiertas, encima del mostrador. El fumador soba uno por uno todos los puros de todas las cajas—cuatro, seis, ocho—, los estruja entre los dedos, los hace crujir, los hace botar, los huele, se los acerca al oído y, por último, los rechaza. Ninguno le parece bueno. Y pide otras marcas... El estancero, siempre abnegado y amable, baja de la estantería otras cajas—diez, doce, quince—y las presenta, orgulloso del abundante surtido que posee. El fumador manosea los nuevos puros, reiterando las diversas operaciones de estrujarlos, crujirlos, botarlos, olerlos, oírlos y rechazarlos. Tampoco le gustan. Y vuelve a solicitar nuevas marcas... Pero llega un momento en que el estancero, a pesar de su abnegación y su amabilidad, no tiene más cajas de puros y así lo confiesa, honrada y humildemente... Entonces el fumador, contrariadísimo, se desata en iras contra la Tabacalera, censurando con viva acritud las desconsideraciones que esta empresa tiene con sus clientes... Media después un silencio, y, en se-

guida, el fumador, que no se resigna a quedarse sin fumar y que tampoco está dispuesto a hacer el primo, comprando «aquella porquería de puros de dos pesetas y de una cincuenta», solicita un cigarro de veinte céntimos. El estancero, con una ecuanimidad de mártir, le presenta una nueva caja. El fumador analiza individualmente todos los puros, contempla su colorido, compara su fabricación, los somete, uno por uno, a las diversas operaciones de selección y, por fin, escoge uno. Lo enciende, paga y se va...

Esta escena ha durado muy cerca de diez minutos y durante ella han ido acudiendo al estanco numerosos parroquianos, unos para comprar sellos, otros para comprar pólizas, otros para

adquirir una caja de cerillas. El que más y el que menos tiene prisa. Para unos va a salir el Correo, a otros se les va el tranvía, otros tienen un coche a la puerta y el contador corre que es un gusto; a otros, en fin, les esperan en casa, en la oficina, en el taller, en la fábrica... Todos han asistido a la elección del puro, dominados de impaciencia, desesperados y sombríos, y al ver salir al fumador, han sentido deseos de pegarle un tiro, de inferirle una puñalada, de romperle las muelas, por lo menos...

Hasta el presente, no ha ocurrido nada de esto último, porque el ciudadano español es el más paciente y resignado del mundo, pero quién sabe si algún día perderá dicho ciudadano su paciencia y se decidirá a linchar a un fumador de puros... Caso es éste que no debe escapar a las previsoras medidas del señor gobernador civil.

Como tampoco debe escapar a las del señor alcalde la porquería que supone el hecho de que para escoger un puro tenga un fumador que sobar cincuenta o sesenta, que, más tarde, irán a la boca de otros fumadores menos exigentes o más considerados.

El conde de Vellellano, que tanto interés demuestra en higienizar las peluquerías, las carnicerías, las lecherías y las panaderías, está obligado también a higienizar los estancos, prohibiendo el derecho de elección. Madrid y los madrileños le quedarán eternamente reconocidos. Su nombre pasará a la Historia como un timbre glorioso, y aunque se exponga a que algún desesperado fumador de puros, atente contra su ilustre persona, le acompañará siempre la gratitud con que el resto de la villa y corte verá su gran obra de saneamiento.



Dib. SILENO.—Madrid.

MARCIANO ZURITA

SAINETES DE ACTUALIDAD

DIEZ MINUTOS
DE PALIQUE

UNA calle apartada y silenciosa. Al fondo, la valla de un solar; en la izquierda, una casa; en la derecha, un puesto de castañas, uno de esos puestos de castañas de Madrid, que no se encuentran en ninguna otra población del mundo, incluida Calcuta.

Dentro del puesto, y ocupado en los pormenores del oficio, está Valeriano, cincuenta años, más feo que un descarriamiento. Por la derecha, salen Braulio y Angustias. El primero es también cincuentón y Angustias ha cumplido los dieciocho. Ambos visten muy pobremente y surgen frotándose las manos, porque la noche es extraordinariamente fría.

Empieza la acción.

BRAULIO (*Acercándose al puesto*).—¡Salú y ovoides, Valeriano!

VALERIANO.—¡Atiza! ¡Si es Braulio y una partícula de su prole!

ANGUSTIAS.—Buenas noches, señor Vale.

VALERIANO.—¿Cómo te va, Brauliete? Y tú, chica, ¿qué tal andas?

BRAULIO.—Yo, bien. La chica anda mal, porque ahí, en el paseo de Ronda, se ha roto un tacón y cojea lo suyo.

VALERIANO.—Pues la noche no está pa circular con desperfectos.

BRAULIO.—¡No me hables, criatura! Traigo la carne a la moda; toda congelá.

ANGUSTIAS.—Que se nos ha presentado un invierno crudo.

BRAULIO.—Y que nos tié a todos fríos.

VALERIANO.—Acercarsus al anafre, porque la verdaz es que hace un frío que se hiela el idioma.

BRAULIO.—Sí, hombre; yo, con tu venia, voy a calorifearme.

ANGUSTIAS.—Lo mismo digo y lo mismo hago, señor Vale.

VALERIANO.—¡Lo que queráis! Pues no faltaba más... Estais en vuestra casa.

BRAULIO.—Oye, tú; observa que estamos en la vía pública...

VALERIANO.—¡Toma! Pues por eso digo que estais en vuestra casa...

BRAULIO.—Bueno, eres incisivo como un diente.

ANGUSTIAS.—Y lo grande es que casi tié razón.

BRAULIO.—Tié más razón que un ma-

nicomio. Porque conforme se están poniendo las cosas, el ofrecerle a un amigo la casa es un lujo del segundo Imperio.

VALERIANO.—¿Dónde habitáis en la actualidad?

BRAULIO.—A una hora de camino. Ahí cerca...

VALERIANO.—¿Cerca y hay una hora de camino?

BRAULIO.—Digo que ahí cerca de Teatán de las Vizitorias.

VALERIANO.—¡Ah, vamos!

BRAULIO.—Allí tiés el domicilio pa lo que gustes.

VALERIANO.—¿Y la casa es capaz?

BRAULIO.—Es capaz de volverle a uno loco, porque no se cabe. Tié tres habitaciones. Pero de lo pequeñas que son te dará idea este leve detalle: pa que pueda entrar el gato a cenar nos tenemos que salir nosotros.

VALERIANO.—¡Chavó!

ANGUSTIAS.—¿Sabe usted? Eso de cenar que ha dicho mi padre, obedece a que tié una imaginación que asusta.

VALERIANO.—Pero ¿cómo? ¿Es que no abris la boca hace días?

BRAULIO.—La abrimos, pero es pa bostezar.

ANGUSTIAS.—Porque el que la abre pa otra cosa, hace el redículo.

VALERIANO.—¡Maldita sea! Yo no puedo daros más que castañas.

BRAULIO (*cogiendo unas cuantas*).—Y te lo agradecemos desde lo profundo del alma bohemia. (*Comen Braulio y Angustias.*) ¡Poco ricas que están! Y con la noche que hace, en cuanto que llegan a la boca ya son marrón glacé.

VALERIANO.—¿Y tú sigues sin trabajo?

BRAULIO.—Sí, chico. Se conoce que el Supremo Hacedor no quiere que me fatigue.

VALERIANO.—¿Pero tú no tenías un chico que trabajaba de estuquista?

BRAULIO.—Sí, pero está en el moro.

VALERIANO.—¡Qué lástima! Porque era la mar de dispuesto y de aztivo. Y evacuaba el quehacer que tuviese en un dos por tres.

BRAULIO.—¡Anda! Y sigue evacuando.

VALERIANO.—Sí, ¿eh?

ANGUSTIAS.—Ayer nos escribía y decía que estaba en una posición muy buena.

BRAULIO.—Los que no estamos en tan buena posición somos nosotros.

VALERIANO.—Menos mal; si está en

una buena posición, no tendrá que temer a ningún balazo.

BRAULIO.—No. Si al escribir que está en muy buena posición, quiere decir que se pasa el día tumbao.

VALERIANO.—¿Tumbao?

BRAULIO.—Tumbao. Pegando tiros.

VALERIANO.—¡Caray!

BRAULIO.—El chico, afortunadamente, toma la vida con resignación y con bicarbonato, porque tié dispepsia.

VALERIANO.—¿Y esta chica qué hace?

BRAULIO.—Oposiciones a tuberculo-sa. Ya tié aprobao el primer ejercicio.

VALERIANO.—¡Pero, hombre!

BRAULIO.—Tú verás; a ver qué resultado puede dar una alimentación a base de altramuces.

ANGUSTIAS.—Figúrese usted... Por las mañanas, voy al mercao con noventa céntimos.

VALERIANO.—Y llevando na más noventa céntimos, ¿qué traes?

BRAULIO.—¿Qué va a traer? La cesta vacía.

VALERIANO.—¡La vida perra!

BRAULIO.—A mí eso de la tuberculosis no me aterra, porque sé que el Estao cuida del ciudadano.

VALERIANO.—¿Tú crees?

BRAULIO.—¡Claro! Un suponer: uno se vuelve físico porque no puede comprar los alimentos que discurren por las nubes... Pues el Estao, que vela, te organiza una fiesta de la Flor y te puedes morir tan ricamente en un sanatorio, sin que te falte na.

VALERIANO.—Es que se están poniendo las cosas...

BRAULIO.—Hasta que venga lo que tié que venir. ¡Porque tié que venir!

VALERIANO.—¿Pero qué es lo que tié que venir?

BRAULIO.—Tié que venir un tranvía de los Cuatro Caminos, pa que volvamos a casa con una miaja de comodidaz.

VALERIANO.—No te privas de ningún lujo.

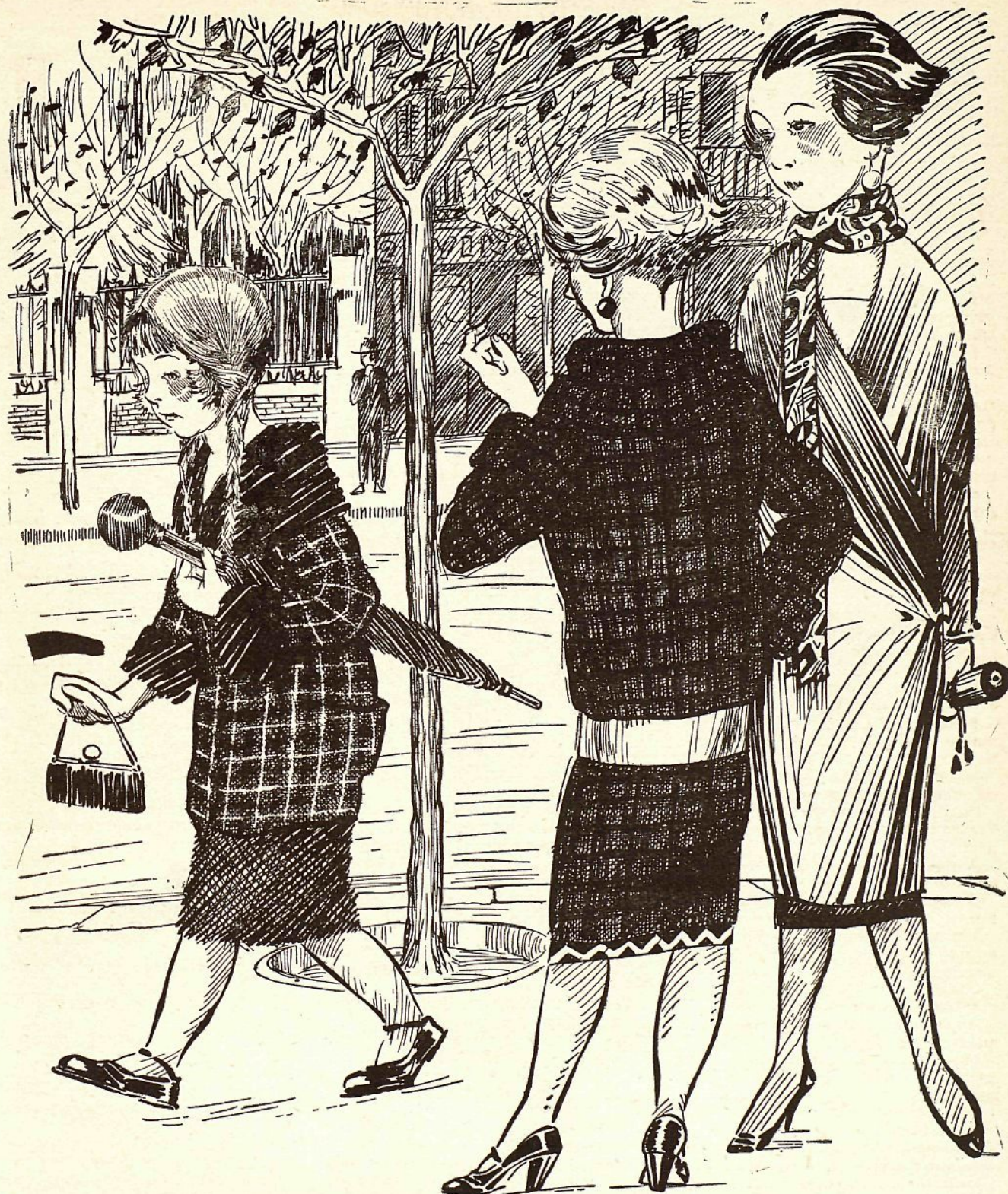
BRAULIO.—¡Sí, sí! Lujos... Y te azvuelto que no soy yo sólo. En el barrio estamos sin trabajo y pasando las moras mil y pico de obreros.

VALERIANO.—Como que la miseria y los sufrimientos son generales.

BRAULIO.—Has dicho una verdaz como un templo egizio.

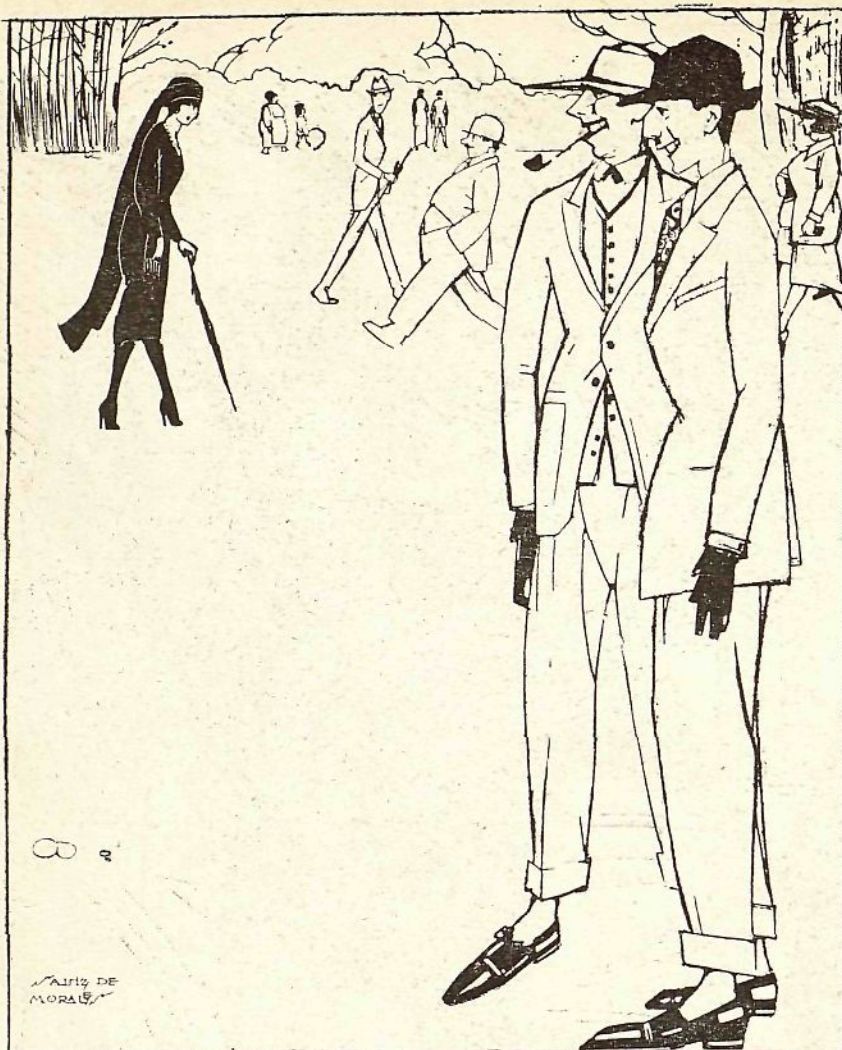
CAE EL TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

—¡Fíjate en la Celes! ¡Una peque que aún lleva el pelo largo!...



Dib. SAINZ DE MORALES.—Madrid.

—¿Has visto, Julito, qué triste está María Luisa desde que murió su marido?

—¡Ya, ya; la pobre tiene una pena... de tres metros lo menos!

VAYA UN JUEGUECITO

«Todo aquello que empieza siendo es catástrofe luego.» (Juego, SALOMÓN, viendo jugar a sus niños.

Estamos en pleno triunfo del *football*... Fútbol quieren ahora los deportistas que se escriba, españolizando el nombre del juego, y dándole una pata-da (pase, que dicen los castizos) a aquel sonoro balompié que nos legó el maestro Cavia.

Suponemos, por consiguiente, que, a la hora actual, los señores europeos y europeizantes que solían permitirse el regodeo de insultar a los españoles, por su afición «descamisada» a las corridas de toros, habrán decidido, por unanimidad, enmudecer. Ítem: algunos

estarán ensayando ya la alabanza lírica a la regenerada España, en la que, poco más o menos, habrá unos rotundos endecasílabos que digan:

«Estos, Fabio, ¡oh, placer!, que ves ahora campo de balompié, soberbio stádium, fueron ayer, no más, plazas de toros... Aquí, ante la *afición*, bailoteaban mil maletas, por tierra derribados... ¿Dónde yace el valor de aquella gente?...»

Y más adelante:

«Aquí mató aquel rayo de los toros, gran hijo de su padre, honor de Córdoba, fiero, aplaudido, triunfador *Machaco*, ante quien se postraban los flamencos, con el sombrero en mano y boca abierta...»
«Aquí, del *Gallo calvo* fueron las *espantás*, y de otros muchos el *canguelo divino*...»

Y más adelante:

«Fabio, si es que te gusta, pon atenta la vista en los olímpicos paríodos; mira a Zamora haciendo de portero, y a Monjardín *arrempujando* y a otros, con las piernas al aire, persiguiendo el balón martirizado...»

Y, al final, ya sin beberle los vientos a don Rodrigo:

«Esto quiere decir, gloriosa España, que, aunque un poco a remolque de Inglaterra, te civilizas, dando a la pelota todo el valor que encierra.»

■ ■ ■

Claro que, como en esta España de nuestros pecados, siempre ha de haber individuos retrógrados, que se empeñan en no querer meterse por la luminosa senda de la civilización, yo me declaro inmediatamente uno de ellos y proclamo aquí, a voz en cuello, que ni me interesa ver cómo unos mozos dan puntapiés a la pelota, ni—lo que es más grave—pienso nunca molestarme en adquirir ese interés... que me atrevo a llamar «interés simple».

Es natural que me parezca muy bien el que haya juegos de pelota, con más o menos terminología científica; y que jueguen los hombres que, con ello, se diviertan rememorando su niñez, y los que así logren echar buenas pantorrillas; hasta me parece bien que se pongan camisetas a rayas, como si quieren ponerse chaqué a cuadros...

Ahora, lo que ya me da un poco de rabia y me hace esfumar las esperanzas que yo tenía, cuando chico, en eso que llaman «la evolución de la especie humana», es que haya tantísimos ciudadanos que andan por ahí grandemente preocupados con el dichoso jueguecito, y que las páginas de los diarios aparezcan «llenas de eso», y que tengan que poner un tren especial para los aficionados que hacen un *breve* viaje de Sevilla a Bilbao, con objeto de contar las veces que un balón se cuela en la portería, sin permiso del portero...

No es el juego, en sí. ¡Es que ya el juego pasa de ser un juego, recarámbanos! Es que, con tanto rodar, la pelotita se nos ha metido ya hasta en lo más sagrado del dormitorio... que es la mesa de noche. Porque—supongo que los guardias se habrán enterado—no sólo se juega en el stádium, sino en todas las calles, plazas, jardines y escombros de la resignada ciudad, y cada niño, en su casa, amenaza de continuo los desamparados muebles, la impertérrita vajilla, las pálidas bombillas eléctricas, los delicados *bibélots*...

¡Ah, niños, niños, y los que ya no sois niños! ¡Menos cultura física, por Dios! Y algo más de la otra cultura... ¡por la Virgen Santísima y las diez mil novecientas noventa y nueve vírgenes restantes!

BERNARDINO DE PANTORBA



ESPERANDO UN «4»

—Yo iría con usted hasta el fin del mundo...
—Pues voy solamente hasta Pardiñas.

Dib. MARÍN —Madrid

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

AMARANTINA

¿Unas cuartillas... y además más ilustradas... y además para BUEN HUMOR, donde colaboran las firmas más prestigiosas de la literatura y el dibujo?, ¡me va a ser más difícil que entenderme con los alemanes en la turnée que emprendo en el mes de noviembre por el extranjero!; pero usted lo quiere, y así lo haré.

¿Cree usted que los lectores de BUEN HUMOR lo tendrán hasta el extremo de perdonar mis torpezas literarias?... pues, siendo así, voy a escribirle las cuartillas. Y claro, como en ellas he de decir algo, le relataré una de las cosas de más gracia que me han ocurrido en mi vida artística.

Actuaba yo en una de las poblaciones más importantes de España, y una noche, al terminar mi trabajo, un empleado del teatro me dijo que un señor deseaba verme. —Que pase—repuse.

Y, a los pocos instantes, un hombre de burdísima indumentaria, y hablar más burdo aún, se presentó en mi camerino.

Mi madre y yo nos miramos extrañadas al verlo.



El señor Empresario.



Esta criatura que, como ustedes saben, baila hasta allí de bien, nos envía unas cuartillas y unos monos divertidísimos.

¿Hay gracia o no hay gracia?

—¿Qué desea?—le pregunté.
—¿Usted no es L'Amarantina?
—Para servirle.
—Bueno, pues yo la he visto a usted bailar esta noche, y como me ha gustado mucho su manera de bailar, pues me he dicho: yo no me voy sin contratar a L'Amarantina. Y aquí estoy a contratarla a usted.
—¿Pero usted es empresario?
—¡Pos claro, que soy empresario!
Total que, como yo le pedí una cantidad exagerada por actuar sábado y domingo en su teatro, y él me la dió sin replicar ni una palabra, a los dos días me vi obligada a efectuar un viajecito en automóvil, que por las mil pe-

ripecias que nos ocurrieron no quiero ni recordarlo.

Llegamos por fin, y figúrense cuál sería mi azoramiento al encontrarme en la plaza del pueblo rodeada de gente y de una murga, dispuestos todos, como así lo hicieron, a acompañarme procesionalmente hasta la casa en que me tenían preparado el alojamiento, y en la que, ya libre de aquella muchedumbre, esperé resignada la hora de la función...

Y aquí viene lo gracioso: Cuando en unión de mi madre llegué al teatro para disponerme a trabajar, vi con gran sorpresa al empresario, que lo mismo recibía la localidad que huevos a los chiquillos, para que pasasen al espectáculo. Inútil es decirle que mis carcajadas se debieron oír en Madrid.

—¿De qué se ríe, Amarantina?—me preguntó muy serio el empresario.

—Hombre, que es graciosa su manera de cobrar las entradas.

—Pues tóo tiene su explicación. Yo trafico en huevos, y como la entrá generá vale un reá, y por ca huevo me dan cuatro gorda, yo facilito la entrá a los muchachos, y mi negocio sale más reondo. Amarantina, hay que abrir el ojo, y sacá la perra gorda a onde esté; el negocio, es negocio.

AMARANTINA.



En la plaza del pueblo, esperando mi llegada

DIEZ LIGERAS CUCHUFLETAS QUE NO VALEN DOS PESETAS

En aleluyas sencillas
os diré hoy unas cosillas

que no merecen la pena
de contarse en prosa amena,

pues su interés es escaso
y el caso es salir del paso

sin meterse en filigranas
de las que no tengo ganas,

pues huelgan las fantasías
para cuatro tonterías.

que, en estilo liso y bruto,
se cuentan en un minuto,

y que si no hay más remedio
se pueden contar en medio.

¡Allá van, pues, y perdón
si no os causan sensación,

pero es lo más natural
porque a mí me pasó igual!

I

El conde de Romanones
tiene en los pies sabañones

¡y, a más de estar en un potro,
le pica un pie más que el otro!...

II

Yendo en su auto la *Chelito*
ha atropellado a un pollito

¡y otro pollo ha dicho que
a él le ha atropellado a pie!...

III

Francos Rodríguez, sin tino,
hace un mes que estudia el chino.

¡Le estoy viendo ya en Pekín
dando la lata a Tsang-Lin

y brindando por Confucio
o por otro dios más sucio;

y, si no por esos dos,
brindando por todo dios!...

IV

Matará bien el *Chicuelo*
cuando el *Gallo* críe pelo,

y el *Gallo* lo va a criar
cuando el marco esté a la par...

V

Chicote y su fiel Loreto
no se casan ni en secreto,

pero siguen flirteando
y se siguen preparando.

¡Al ver tanta rapidez,
Loreto se casa en diez!

Y al mismo tiempo Chicote
tiembla si ve un sacerdote,

y dice, pegando un brinco:
¡me caso con veinticinco!...

(que es una forma sencilla
de casarse *de boquilla*.)

VI

A Weyler, en un atraco,
le han quitado un gabán-saco,

pero el *caco*, al ver la pieza,
se dió un tiro en la cabeza

prefiriendo hacerse daño
a ese horrible desengaño...

(¡consecuencias harlo duras
de robar cosas a obscuras!...)

VII

La nariz de Sánchez Toca
es una cosa que choca,

y esta mañana en Carretas
chocó con dos camionetas.

Don Joaquín resultó ileso
y los autos hechos yeso,

¡y los *chauffeurs* infelices
la dañaron por narices!...

VIII

Bergamín, en un flirteo,
le ha hecho a una modista un feo.

IX

Se ha puesto fosco Lerroux
y ha fundado un Ku-Klan-Klux

pero, como otras pandillas,
lo que haga lo hará en Ku-Kli-Llas.

X

Teresita Saavedra,
la que de nada se arredra,

según por ahí se propala
será pronto concejala.

Y si la noticia es cierta
yo veo un conflicto en puerta:

conflicto grave, ¡rediez!
¡¡Va a faltar carne otra vez!!...

NÉSTOR O. LOPE



Dib. GALINDO.—Madrid.

—A usted le debe costar mucho trabajo atravesar las calles... ¿No?

MI PRIMER AMOR

Estoy obligado a contar mi primer amor, sobre todo cuando he dedicado uno de mis artículos anteriores a pedir a grandes voces una novia. Así como con mi artículo pensaba ahorrarme el momento difícil de la declaración amorosa, en éste me adelanto a la pregunta que hacen todas las novias acerca de nuestro primer amor.

Yo he tenido, como todo el mundo, mi primer amor. Por entonces llevaba las rodillas al aire y el cuello planchado por encima de la americanita. Me peinaba a raya, aunque tenía decidido echarme el pelo para atrás en la primera ocasión que se presentase. Por entonces, también, dudaba entre dedicarme a ingeniero o a arquitecto. A mi generación no seducían los brillos del

uniforme militar. Para acabar este autorretrato retrospectivo diré que estaba cambiando la voz y que, después de unos días de hacer gallos, conseguí un vozarrón profundo, desproporcionado a mi edad y a mi sospecha de bigote.

Yo paseaba entonces con Isabel y con Juanita. Igual hubiera podido pasear con Luisita, con Carmen o con Delfina. Por pasear dos veces con aquéllas, las demás muchachitas de la ciudad no permitían que me acercara a ellas. No es que Isabel y Luisita estuvieran contaminadas de alguna enfermedad infecciosa. Es que, en provincias, el que pasea dos veces con la misma chica, tiene que pasear con ella toda la vida.

El que, por no conocer la vida de las

provincias, no llegue a darse cuenta perfecta de todo esto, hará mejor en no seguir leyendo. El primer amor, mi primer amor, ha sido eminentemente provinciano.

Isabel, Juanita y yo nos tratábamos de usted, a pesar de conocernos desde pequeños y de ser muy amigos nuestros papás. Aquel tratamiento daba cierta formalidad a nuestras conversaciones.

Al principio, Isabel y Juanita dedicaron todo el chorro de su charla a persuadirme de los defectos de nuestras demás amigas.

Juanita, según ellas, era la quintaesencia de la presunción. Llevaba un espejo y una polverita, y los usaba a cada instante. Tuve que manifestar mi repugnancia hacia tan desusada coquetería.

Carmen se pintaba. ¡Qué audacia!

Delfina estaba tan gorda, tan gorda, que un día, una monja del colegio, le había llamado en clase *señorita Delgruesa*. Aquella tarde que me lo contaron, me reí muchísimo.

Las demás amigas eran víctimas de otros vicios y de otros defectos. Poco a poco, fui dedicándoles mis frases de desprecio. Poco a poco, Isabel y Juanita fueron enterando a sus amigas de lo que yo iba diciendo de todas ellas.

Entonces, se habló de noviazgos. Desde aquel día, Isabel tuvo la abnegación de sacrificarse. Siempre hacía que yo cayera junto a Juanita en todas las vueltas del paseo.

Juanita no había tenido más que un novio. Me lo podía jurar. Entonces, me preguntó si yo tomaría a mal el que ella hubiera tenido un novio. Yo no lo tomé a mal.

Juanita dijo después que no volvería a tener novio, si ese novio no era rubio, tenía catorce años, estudiaba bachillerato, se llamaba Pepe, llevaba trajes grises y corbatas azules, se peinaba a raya, vivía en las afueras de la ciudad, escribía con lápiz tinta, le faltaba un diente, gastaba los zapatos por la punta y por el tacón y tenía un bastón.

Fuí comprobando que yo poseía todas aquellas cualidades y luego llegué a convencimiento de que nadie las reunía con tanta exactitud como yo. ¡Qué casualidad!

Juanita e Isabel me preguntaron cuál era mi ideal femenino. Primero, ¿qué color de pelo me gustaba?

Isabel era rubia, Juanita, morena. Resultó que alabé a las morenas y a las rubias.

Isabel era alta, Juanita, baja. Yo no me atreví a desconsolar a ninguna. Me gustaban altas y bajas. Sólo por las medianas tenía una radical aversión.

Así, manifesté que me gustaban las



Dib. XIMÉNEZ HERRAIZ. — Madrid.

—¡Lo que no comprendo, Ernesto, es por qué los caballos de carreras están tan delgados llevando siempre en la boca un buen filete!...

delgadas y las gruesas, las castellanas y las gallegas, las aplicadas y las perezosas, las alegres y las tristes, las de ojos azules y las de ojos negros...

Isabel tuvo entonces una revelación y dijo:

—¿Cuáles le gustan más? ¿Las que son embusteras o las que dicen siempre la verdad?

No vacilé:

—Me gustan las que siempre dicen la verdad.

Isabel, dijo tristemente:

—Yo digo mentiras. Juanita no ha dicho nunca ninguna, ni la más pequeña.

Quise arreglarlo todo, y elogí la afición a decir mentiras, pero ya era tarde. Yo prefería a Juanita.

Después supe que Isabel no era embustera, y que todo lo había hecho por abnegación.

Se les ocurrió darse cartitas a escondidas y, aunque no querían decirme de quiénes eran, me daban a entender que eran cartas de chicos. Mi indiferencia sobre este punto, no les agradó mucho.

Así las cosas se fueron precipitando a su fin.

Yo tuve que hacer un viaje, casi no fué un viaje, pero estuve ausente tres días. Al volver, me encontré con Isabel. Esta me dijo en secreto que Juanita tenía novio.

Por la noche, había música en el paseo. Isabel y Juanita llegaron solas. Yo caí, como siempre, al lado de Juanita.

Estuve silbando un rato, y después le pregunté:

—¿Es verdad que tiene usted novio?

—No. ¿Quién le ha dicho eso?

—Nadie. Me lo han dicho.

—No es verdad.

—¡Ah!

Isabel avivó la conversación tendenciosamente.

—¿Para qué andáis fingiendo? Dile a Juanita lo que me has dicho a mí esta tarde.

—Yo no le he dicho a usted nada.

—¡Ah! ¿No me ha dicho usted que si supiera que Juanita le decía que sí, se declararía?

Ningún hombre puede negar eso, aunque sólo sea por cortesía. Yo era ya casi todo un hombre. Pues bien; Juanita le dirá a usted que sí. Me lo ha dicho. ¿Verdad, Juanita?

—Sí, dijo Juanita con rubor.

—¿Es verdad eso?, dije yo.

—Sí, sí—añadió Juanita con rubor.

—Entonces... si yo me declaro, ¿me dirá usted que sí?

—Sí, sí; seguramente—declaró con vehemencia.

Me declaré en pocas palabras, casi sin palabras. Juanita me dijo que ella era muy joven y que lo pensaría. Yo le pregunté si podía tener alguna esperanza. Ella dijo que podía tener una esperanza.

Eramos novios. Isabel nos dejaba

solos muchas veces para que hablásemos en el paseo, y aquello me molestaba mucho, porque Isabel era quien llevaba siempre la conversación, poniendo defectos a la gente, y a mí me daba lástima de que, por nosotros, tuviera que pasear con las de Romo.

Un día, al mes de ser novios, Juanita me llamó. Yo estaba en su casa jugando con sus hermanos a las funciones de teatro.

Quería terminar nuestras relaciones. Quedé muy asombrado.

Realmente, sus razones para romper eran estimables. Yo no había ido a su

ventana ni un sólo día, no le había escrito una sola carta, no le había hecho ningún regalo, no le había pedido ninguna flor ni ningún retrato, a pesar de que ella tenía flores y retratos. No había ido a misa con ella los domingos, no me había recatado de hablar con otras chicas, no le había mandado ninguna postal. Nunca le había dicho que la quería, además.

Tuvimos que romper. No congeniábamos.

A mí me gustaba Isabel.

Pero ya no fué posible.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



Dib. DE DIEGO.—Nueva York.

—¡Y yo que había prometido escribir a mi mujer una postal de todos los sitios donde me parase!...

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

LXXXVI

Es tan conmovedor, tan patético y tan desaforadamente amargo lo que hoy voy a exponer en esta crónica, que no creo impertinente el prevenirles a ustedes que van a pasar un rato malísimo, mucho peor desde luego que los que están pasando con las demás crónicas parisienses que con pertinacia

dibujos de las otras páginas, me decido a comenzar el dramático relato para que lo paladeen, y luego se lo traguen cándidamente, los cinco o seis escasos admiradores que se habrán resignado a seguir leyendo mi prosa cavernosa y económica.

Empecemos, pues, y procuremos gemir lo menos posible, que la vida es tan corta como una camisa de la Che-

que lo posee, ya que hay veces que le da por morder a los demás hombres que transitan por su lado, pero esto mismo es una prueba más del cariño que siente hacia su amo, el cual no tiene más remedio que reconocer el sacrificio que hace el animalito para no morderle a él también. Es cosa probada que no hay un perro que no sea leal, bondadoso, agradecido y sonriente, y se ha demostrado y se demostrará que no ha habido todavía un perro falso, primero por su honradez ingénita y segundo porque no es negocio falsificar perros con lo malo que está todo. Ese tierno movimiento de cola con que el perro acoge las caricias de su dueño, es uno de los gestos más sentimentales que registra la historia de los grandes cariños; y aunque haya algunos viles guasones que propalan que también menean la cola los dependientes de las carpinterías, hemos de salirles al paso afirmando que menean la cola por un jornal, en tanto que el perro la mueve completamente gratis, y hasta pondría dinero encima si lo tuviera.

Pues bien: una de las cosas más características de París, tan característica que puede competir con Leocadia Alba, es el amor a los perros, que todo el mundo demuestra con hechos, con la excepción única del señor prefecto, que no consiente que vayan por la calle sin bozal, y de los dueños de restaurantes, que no les permiten la entrada con el fin de que no se coman las sobras que pueden servir para condimentar el *menú* del día siguiente, ni las sobras de las sobras que han servido para el día anterior y que todavía pueden seguir sirviendo por los siglos de los siglos, amén, Jesús.

La enorme afición a los perros que tienen los parisienses se ve en una porción de nimios detalles que, no por ser estúpidos, dejan de ser conmovedores. Hay aquí una tienda donde se venden vajillas para que coman cómodamente los *chiens*, cuyo escarapate le mete a uno el corazón en un puño. Un plato tiene una inscripción que dice: *Para que coma mi amor...* Una especie de tazón reza en su fondo con letras góticas: *Come despacio, vida mía, no te vayas a poner malito de una indigestión...* Una fuente de porcelana de Sèvres dice lo que sigue, seguramente dedicado a una perrita próxima a salir de una preocupación de esas tan corrientes en la vida: *¡Nútrete mucho, más que por tí, por lo que llevas en tu seno; la Patria quiere hijos fuertes!*... Y así sucesivamente, pues no es cosa de que me moleste yo en tra-



LOS ALMACENES DE «LA BELLE JARDINIÈRE»

*Si vas a Calatayud
pregunta por la Dolores,
pero si vas a París
no compres en esta casa.*

Es todo bastante medianito y muy poco baratito, gracias a Dios.

digna de mejor causa les vengo endilgando desde tiempo inmemorial.

Hago la advertencia con el fin de que los que no quieran llevarse un disgusto se abstengan de leer este artículo, que como no es un artículo de primera necesidad, se pueden pasar sin él perfectamente. Es más que probable que los que lo lean sollocen ante la lancinante amargura de algunos párrafos, y como yo no pretendo que nadie vierta lágrimas gratuitamente y luego se querelle conmigo por haberle metido en una tragedia sin decir *jallá va eso!*, de aquí que avise con voz estentórea antes de descargar el golpe, para que se pongan en salvo los que lo tengan por conveniente.

Y como supongo que los lectores enemigos de emociones habrán ya doblado la hoja y estarán admirando los

lito y los minutos en que se gime no se aprovechan y es una lástima.

Los perros, como ustedes sabrán, son los mejores amigos del hombre, y algunos de ellos de la mujer. Yo, aunque no he tenido un perro en mi vida, he podido comprobar en diversas y emocionantes ocasiones, que el que tiene un perro puede ir a todas partes, menos al teatro, donde por lo menos hacen falta cuarenta céntimos para poder ingresar con pleno derecho y absoluta tranquilidad. El perro es nuestro guía, nuestra salvaguardia, nuestro compañero, nuestro confidente y nuestro defensor, como dijo Rousseau un día que no se le ocurrió decir otra cosa más filosófica. El perro (y lo que digo del perro lo digo también de la perra) es el único amigo desinteresado del hombre, o por lo menos del hombre

ducir todas las inscripciones que he leído y que no sé cómo se arreglarán los perros para leerlas, aunque sepan el francés algo mejor que yo.

Pero no crean ustedes que son solamente vajillas las cosas que en París se fabrican para los amables canes. En otra tienda de la *rue Saint Honoré* he visto collares, baberos, zapatos, gabanes, bozales de seda, cadenas de oro, y todo con sus letreritos, que insisto en que no creo que los perros tengan la fineza de ponerse a leerlos, pues a pesar de la simpatía que les profeso, no puedo negar que son por lo menos un poco animales, aunque sean paisanos de Voltaire y de la Mistinguett. El letrero de los bozales de seda, que dice: *Perdona que te lo ponga*; y el de los baberos que se atreve a decir: *¡No me bese usted!*, me han hecho dudar de la firmeza de mi cerebro, si bien he acabado por reconocer que los taratas y los mochaes podían muy bien ser los autores de esas luminosas frases en lugar de un servidor. Y no comento, con la extensión que se merece, el peregrino hecho de ponerle a un perro grande una cadena de oro, cosa absurda a todas luces, cuando en España no ponemos cadenas de esas más que a las monedas de cinco duros para arriba.

De todas maneras es digna de respeto esa consideración al can que se tiene en París.

Por esa consideración, nació aquí la idea de llamar perros a las muchachas abandonadas que iban solas por las calles a deshora en busca de un ideal.

Y por esa consideración se puso de moda un baile que era una apología y un símbolo de las aficiones perrunas de los parisienses.

Ya habrán ustedes adivinado cuál es. El can-can.

LXXXVII

Y vamos ahora con lo que nos va a hacer llorar a todos, pero que a moco tendido a la larga.

Los perros, ¡jay!, son seres como nosotros, y sujetos (con cadena y sin ella) a las mismas contrariedades y a idénticas catástrofes. Los perros sufren privaciones, los perros tienen disgustos, los perros llevan una vida de perros en su inmensa mayoría, y si a los canes no les salen canas no es por falta de preocupaciones y tragedias. Una gran parte de ellos vive sufriendo y renegando y algunos acaban por rabiar. Y al final de tan varias emociones, ¿qué les espera?... Pues la siguiente tontería: la muerte.

Pero la muerte de un perro en Madrid, en Huesca o en Buenos Aires es el descanso, la liberación, la paz eterna, el no hay más allá... ¡Y en París, señores, es todo lo contrario: es el martirio de ultratumba, el no descanso y el ridículo!... En París la muerte de

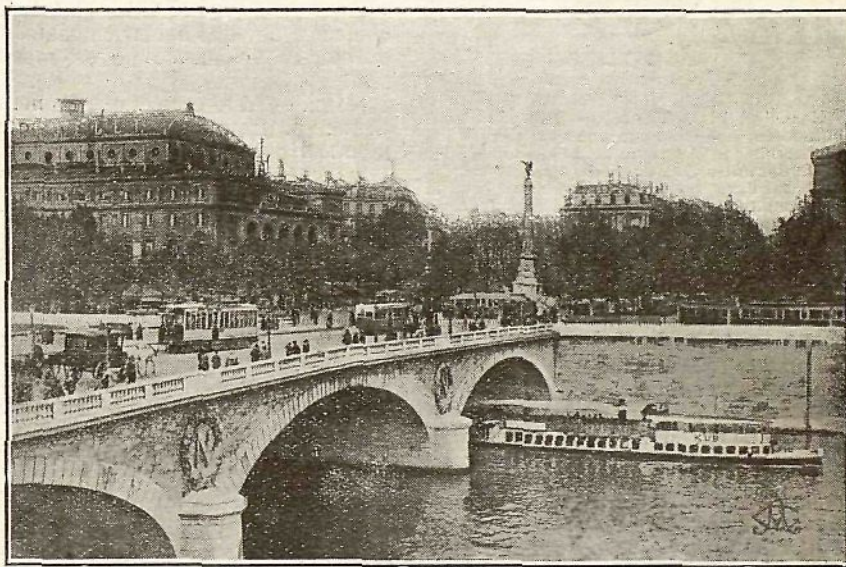
un perro trae cola, pero mucha más cola que el mismo perro; y el susodicho y repetido perro cuando verdaderamente empieza a sufrir es después de haber fallecido.

La explicación es sencilla, aunque parezca un poco pitorrón: en París hay (jagárrense, si tienen dónde!) un cementerio de perros.

Es en Asnières, en una isla que se levanta (o que se levantó hace tiempo) en medio del acreditado Sena, donde unos vivos, pensando en los perros muertos, construyeron esa fantástica necrópolis canina, con el laudable propósito de sacarse unas perras a costa de los perros que metiesen allí sus atri-

un *A mi Bibi, su mamá* que espera morir como un perro. Hay otra que dice *¡Eras grande!*, que dá a entender bien claramente que no era un perro chico; y hay la famosa inscripción en un monumento a un can del monte de San Bernardo, monumento que para mí lo quisiera cuando fallezca (aunque no me corre prisa) y que dice: *Il sauva la vie a 40 personnes, il fut tué par la 41^e* lo cual quiere decir en regular castellano que cuando el pobrecillo perro sambernardino tenía ya las cuarenta, vino un animal más grande que él y con un palo le largó las diez de últimas...

Todo esto, que es extraordinaria-



LA PLAZA DEL «CHATELET»

*El puente tiene tres ojos
y ustedes, dos solamente.
Miren con los dos, si gustan,
la plaza que está ahí enfrente.*

Y no lo digo porque la plaza esté delante, pero es una hermosa plaza.

bulados amos. Y, en efecto, el negocio se presentó pingüe desde el primer momento y pingüe sigue en el instante en que escribimos estas líneas. No hay dueño de perro que haya pasado a mejor vida (¡es un decir!) que no se rasque el bolsillo para que el malogrado animalito tenga una sepultura perpetua o casi perpetua con que asombrar a los extranjeros que visitan el cementerio, que también han de aflojar la mosca para tener derecho a entrar a visitarle. Es más: en vista del éxito, el cementerio, que se fundó para canes solamente, admite hoy toda clase de animales y desde el suntuoso elefante hasta el modesto ratón, allí cabe todo; y conste que, para que quepa un elefante, calculen ustedes lo que habrá que pagar.

Pero lo más notable son las lápidas. Las hay que chorrean amargura. Hay

mente triste y aflictivo, no lo es tanto como el espectáculo de algunas damas que entran en el cementerio y se arrojan y rezan, por el eterno descanso de un galgo (que son los que más descanso necesitan, habida cuenta de lo que corren mientras viven).

Y lo más triste de todo es la primada que yo cometí abonando setenta céntimos por entrar en el cementerio de perros, es decir soltando siete perros sanos por ver las tumbas frías de un centenar de perros putrefactos que me tenían y me tienen completamente sin cuidado.

¡Para que a mí me tenga con cuidado un perro necesita estar vivo y ser de presal...

ERNESTO POLO

París.—Café Soufflet.—Diciembre.

LOS ÉXITOS TEATRALES



Antonio Plañiol.

Candela y Plañiol, nuestros estimados colaboradores, han triunfado una vez más en los escenarios con el estreno del sa adísimo sainete *Abarragoitia y Salabanchurreta* (¿se escribe así?) que llena todas las noches el teatro de la Princesa, tumbando de risa a los espectadores.

Abarragoitia y Salabanchurreta

Comedia sainetesca en tres actos.
original de Antonio Plañiol y Luis Candela.

La escena en un taller de plancha.

MACHALEN, MÁXIMA E INDALICIO

MÁXI.—(Sale llorando convulsivamente trayendo a Indalecio casi a la fuerza. Éste viene en camiseta y sin poder abrir los ojos porque la luz le ciega por haberle arrancado su hija del lecho con demasiada rapidez): Ay pá... pá... pá (El señor Indalecio al salir tropieza con una silla y a poco se cae) ¡Padre! (Auxiliándole).

INDA.—¡Si es que no me has dao tiempo ni a que me espabile!

MÁXI.—(Sienta a su padre en una silla y sollozante se apoya en su hombro.) ¡Ay pá... pá... pá!

INDA.—¡Caray yo no sé como sería el tan conocido despertar de Brunilda pero dificulto que fuera más acuático!

MACH.—(Con ironía) ¡Me se paresé que ya se han pasao las burras de leche pues!

INDA.—¡Os advierto que me habéis cogido en el primer sueño!

MACH.—Yo lo que es ya te conozco bien, juergas te corres y tardes te duermes.

INDA.—Verás, es que se lió un mus ilustrao a ultima hora y...

MACH.—¡Pa eso te pusiste las dos camas, pa que separaos nos durmiéramos y enterada no me estaría cuando te vienes pues!

INDA.—Inexato, ya sabes que los matrimonios que se estimen en algo no comparten el mismo lecho.

MACH.—¡Pretestos que te dises!

INDA.—¡Y además, que tiés un dormir, que ya te acordarás que una mañana si y otra no, amanecía de rodillas y a tus pies!

MACH.—¡El sueño agitaio siempre me lo he tenido! pero tú no hasías reparo, y a mi lao te dormías, muy cercas y antes de dormir en la oreja desías—gabón, polita—y al se despertar—¡Egunón, nesca! (Comienza el párrafo natural y se va conmoviendo paulatinamente, emocionándose extraordinariamente al decir las palabras vascogadas).

INDA.—¡Sí, pero la vida cambia, Machalen, y hay que hablar en castellano porque en vascuence no se entiende uno!

MACH.—¡Tú te eres el que no me entiende ya. ¡Entonces felis yo me estaba... ¡Hoy! (Rompe a llorar apoyándose en el otro hombro de Indalecio).

MÁXI.—(Al oír llorar a su madre vuelve a llorar con estrépito).—¡Padre, que llora madre!

MACH.—¡El padre no se ablanda hija!

INDA.—¡Pero ya me ablandaré porque me estáis poniendo en remojo! (Levantándose) ¿Pero vamos a ver, si hago yo esa vida, que hasta sé que me perjudica a mi salud, no lo hago por ver de traer honramente un pedazo de pan a mi casa?

MACH.—¿Por traer un pedaso de pan te dises?

INDA.—Sí, señor. ¿Es que no sabes que corro vinos? ¿Y no comprendes que pa acreditar una marca hay que degustarla, y pa degustarla hay que ingerirla, y pa ingerirla hay que alternar y meterse en juerga, y que se rasguee una guitarra y suene una copla?

MACH.—Sí; y venirse brutalisao como el otro mañana, con el pájaro frito dentro de una jaula, y empeñándose en que cañamones comería el animalito.

INDA.—Mujer; esa noche fué que me maree unas miajas, y como te había prometido un pájaro con jaula y tó, tuve un lapsus y, en lugar de comprarlo en la pajarería, lo compré en casa de Alvarez. Era en la plaza de Santa Ana, pero me equivoqué de acera.

MACH.—¿Y cuando a las verbenas te vas y *schotis* te marcas, y mujeres en coches te llevas?

INDA.—Porque corro la perfumería.

MACH.—¡La perfumería!

INDA.—¡Claro! Si la otra noche me ves en el Ideal Rosales al lao de una joven entrá en carnes y de ojos dormilones, lo hubieras interpretao torcidamente, como si lo viera.

MACH.—¿Con otra mujer te estabas?

INDA.—Sí, no lo oculto; la estaba dando un jabón, y luego la di pa el pelo una brillantina, que se pone el caballo como la superficie de un lago, y



Luis Candela.

a última hora acabé pulverizándola con la esencia de la casa «Olor de santidaz», que es un perfume que lo hueles, y sin poderlo remediar, lanzas una plegaria.

MACH.—¡A Machalen no engañas, Indalesio!

INDA (se sienta).—¡Me estoy cayendo de sueño!

MACH (amorosa a Indalesio).—¡Indalesio, quíereme como enantes me querías, la nesca me soy d'antaoño, la que le disputaste por puños a José Mari, y te la ganaste con el corasón. Otras mujeres te dejes, pa mí sola me seas! Mírame, oye, escucha!.. (En este momento, Indalecio lanza un ronquido.) ¿Es que te has dormido o así?

MÁXI.—¡Padre! (Zarandeándole.)

INDA.—¡No, si te oía, es que... sabes...

MACH.—Sí, me sé que ya no me quieres.

MÁXI.—¿Pero, oiga, padre, no le dice a madre lo que le he dicho?

INDA.—¡Ah, sí, es verdad! Oye, Machalen, ¿Porqué te emperas en que la chica no hable con Sebastián?

MACH (volviéndose enérgica).—¿Tú también te empiesas?

INDA.—¡Claro! ¿Qué tié el muchacho pa que le hagas esa guerra europea?

MACH.—¡Tie... No sus digo porque a reir sus vais... Tápatelo el almidón pa que polvo no le caiga!

MÁXI.—¡Madre! (Vuelve a llorar en el hombro de su padre)

INDA.—Mira, Machalen, no hagas llorar más a la chica, y di por qué no quieres a Sebastián.

MACH.—Arriba me voy pa limpiarme los doraos y lo diré.

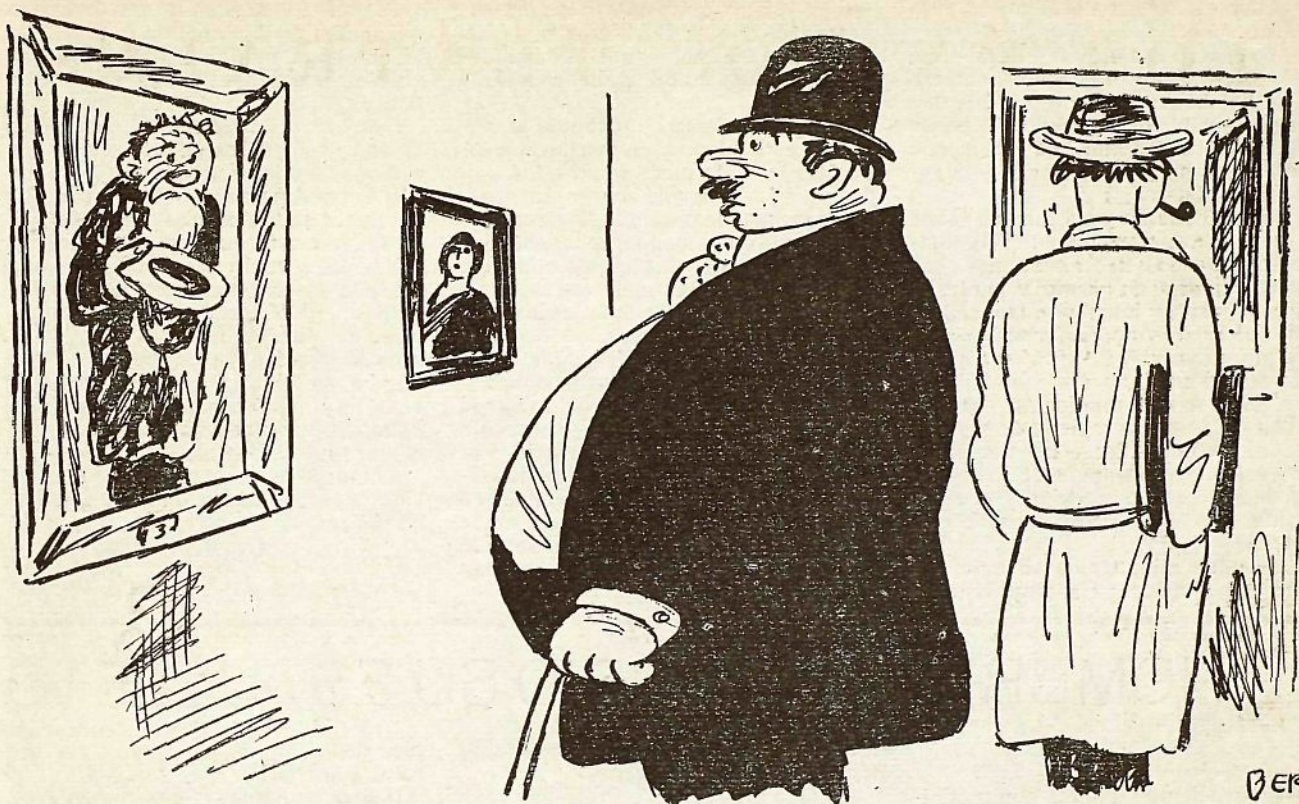
MÁXI.—¡Madre!

MACH.—¡Pero al padre na más!

MÁXI.—¡Pues me voy con vosotros!

MACH.—Aquí quedas, de tienda cuides, el padre y la madre arriba se marchan pa que na oigas, a la última habitación de la casa.

(Mutis Machalen e Indalecio.)



Dib. BEGSTROM. — París.

—¡Esto es vergonzoso! Acabo de darle un perro chico en la esquina y resulta que tiene para hacerse un retrato al óleo.

LOS CONTRACOUPLETS

JUAN MIGUEL, LUIS MIGUEL, JUAN MANUEL O LUIS MANUEL

(Ya hemos glosado en otro contracouplet a Rosita, la mocita más bella de Triana que se escapa con un pintor que luego la abandona. Hoy vamos a ocuparnos de Luis Miguel, Juan Manuel, Juan Miguel o Luis Manuel; el nombre es lo mismo, siempre que no se aparte de ese molde.)

Luis Manuel, como todos los días, juraba amor eterno a su amada, camino de la fuente.

Otros mozos aragoneses (se nos había olvidado decir que la escena ocurre siempre en Aragón) cortejaban también a sus novias, camino de la fuente, pero ninguno como Luis Manuel, que aquel día estaba verdaderamente exhuberante. Recordaban tal vez los enamorados aquella vez en que, merced a un complot organizado por el cacique del pueblo, había dado por fruto el encarcelamiento de Luis Manuel; mas éste había salido de la cárcel justo el día y la hora en que el infame pretendía saltar la tapia del corral de la moza.

¿Iría a robar gallinas? Luis Manuel tal vez lo creyera; pues lo castigó con la mayor dureza.

Volvían de la fuente los enamorados, cuando el alguacil del Ayuntamiento le comunicó la fatal noticia:

—Luis Manuel, te tienes que ir a la guerra.

El mozo exclamó: —¡Oh! y luego le dijo a su novia: —Ve pronto a casa y espérame en la reja. Voy a cumplir mi deber...

Y desapareció a toda velocidad.

—¿Habrà ido a preparar la ropa?— dijo el alguacil. Ella contestó: Ha ido a cumplir con la tradición.

La muchacha, obediente, regresó a su casa y esperó en la reja; a poco vió venir a su novio con un guitarrico.

El mozo, fiel a la tradición, venía dispuesto a cantar las coplas de costumbre a su amada; ¡en fin, lo que se hace en estos casos!

Después de un rasgueo, Luis Manuel alzó la voz y en una vibrante jota afir-

mó que estaba muy satisfecho de ir a la guerra, porque sabía que, gracias a la Pilarica, no le ocurriría nada.

En otra copla, se comprometió a traer la laureada y la cabeza de un enemigo.

En otra, dijo cómo, aun estando lejos, llevaría siempre sobre su corazón el recuerdo de la novia.

El numeroso público que se había congregado en torno de la pareja para oír la despedida aplaudió al cantor, y, después, todos se volvieron de espaldas: era el beso de despedida...

Después se oyó una música militar; era el batallón que, en vez de tomar el tren en la capital, venía a pie por carretera y tocando la música, a buscar al valiente soldado.

Todos sabemos que ello es muy natural y corriente.

El mozo marchó a la guerra y la novia se dispuso a esperarle triste y sola.

Hubo varios galanes que pretendieron seducirla, pero ella recordó lo que

les ocurría a los que obraban así, y no les hizo caso.

—Yo espero a mi novio—decía—. Sé que volverá ciego, o que quizás muera en un combate; pero tengo la seguridad de que su último aliento lo ha de emplear en cantar una jota, en la que se me aluda junto a la Pilarica y la enseña sagrada.

Mas en el pueblo empezaban a echar de menos a sus soldados; el Ayuntamiento comenzó a hacer gestiones para que los repatriasen pronto y pudiesen volver a cantar jotas por las calles. Pero sus ruegos no tenían éxito y el batallón no volvía.

Se reunió en pleno el Ayuntamiento para adoptar una resolución encaminada a conseguir el regreso de los mozos. El alcalde dijo: —Es necesario que vuelvan ya; la novia de Luis Manuel se aburre y no puede esperar más. ¿Cómo nos arreglamos para que vuelvan?

Tras unos minutos de silencio, alguien dió una idea: Es muy sencillo

—dijo—, para que vuelvan los mozos, basta con que se celebre la fiesta del pueblo; ya es sabido que los batallones regresan siempre el día de la fiesta del lugar.

El Ayuntamiento comprendió la verdad de este aserto y comenzaron a organizar la fiesta para atraer a los soldados, lo mismo que en agosto pasaban una imagen para que lloviese.

La novia continuaba triste, sabía que también es el día de la fiesta el indicado para dar alguna mala nueva, y temía que los soldados le trajesen el escapulario ensangrentado...

Y el día de la fiesta del lugar llegó. Por la mañana se dispararon cohetes, y después de la misa mayor, la banda ejecutó en la plaza de la Constitución lo más escogido de su repertorio. Nadie sabía nada de los soldados; las últimas noticias eran de que estaban en campaña, pero, a pesar de todo, nadie dudaba del regreso inminente; sería la primera fiesta en la que no regresaban los mozos.

Y... en efecto, cuando mayor era la animación en la plaza, se oyó, lejana, la charanga militar del batallón que volvía, también esta vez por carretera.

Fué un recibimiento entusiasta; los mozos se iban marchando cada uno con sus familiares, los carros del batallón se quedaban desamparados, todos volvían... todos menos Luis Manuel. Al saberse esto, se hizo un silencio en el pueblo, silencio que rompió el sollozo de la novia. Pero el coronel la tranquilizó: —No llore por Luis Manuel, viene muy bueno, no pasó el estrecho, no hizo la campaña, se quedó en una oficina en Málaga, llegará mañana; pues hoy no ha podido, porque le ha salido una contrata en un pueblo para cantar jotas...

Entonces la moza se puso muy contenta y entonó una copla, que empezaba diciendo:

«Soy la novia del soldado...»

EDGAR NEVILLE

EL HOMBRE QUE VENDIO SU ESQUELETO

I

—Cuatrocientos dólares como mínimo.

El doctor volvió, con delectación que hacía temblar sus manos, a palpar el cráneo de James Howes. Su contento iba traduciéndose en palabras.

—Es un magnífico ejemplar dolicocefalo: diámetros laterales muy estrechos, ovalado por la parte superior... Díjase de la raza de los neocaledonios si no fuera por la anchura del maxilar inferior, fuerte, vigoroso. El cuerpo es proporcionado, admirablemente proporcionado. Extienda el brazo. ¡Tiene usted un esqueleto maravilloso!

El otro le interrumpió, repitiendo:

—Cuatrocientos dólares, ¿hace?

Hubo una pausa.

—Me parece caro.

—No encontrará usted otro lo mismo por ese precio.

—Conforme. ¿Desea la cantidad ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Me firmará un pequeño documento. Voy a extenderlo.

Durante el tiempo que el doctor estuvo fuera del gabinete de consultas, James hizo uso mentalmente de la cantidad estipulada. Cortó el hilo de sus proyectos la entrada del doctor. Traía en la mano un papel. James lo leyó en voz alta:

«Yo, James Howes, cedo, por la cantidad de cuatrocientos dólares—cobrados—, mi esqueleto al doctor Harry Hart. Este podrá, pasados cinco años, a contar desde el día e mi defunción, usar de él como le plazca. En caso de

muerte del adquirente, los herederos tendrán el mismo derecho.»

—¿Qué le parece?

—Está bien.

Y Howes, tras de recibir la cantidad, firmó.

II

Al terminar la calle, James Howes se ocultó tras de la esquina y escrutó con mirada recelosa el trayecto recorrido momentos antes. Al reanudar la marcha, aún más aceleradamente, borbotó:

—¡Es inexplicable! Parece mi sombra.

Lo venía observando desde hacía tres meses. Dióse cuenta de ello una tarde, en la que, al tomar un tranvía, un falso movimiento estuvo a punto de dar con él en tierra. Le sujetaron dos manos que, con fuerza increíble, le elevaron hasta la plataforma.

—Gracias. ¡Qué torpeza!

Su salvador, como única explicación de su conducta, dijo:

—Ha sido una suerte que no se haya roto un hueso.

Desde aquel día el hombre forzudo pareció su sombra. No hubo lugar que James frecuentara en el que no advirtiera la presencia del espía, que, igual que aquella vez, con la misma amorosa solicitud, le recriminaba, cariñoso:

—No sea loco. El mejor día se parte usted una pierna o un brazo.

III

Se hizo obsesión insoportable, martirizadora. Tras de la clarividencia con que vió los actos del solícito desconocido, el constante recuerdo de la venta hecha al profesor Hart, y con ello la

idea de la muerte, fué para su cerebro tortura horrible.

Pensó en anular el contrato, devolviendo los cuatrocientos dólares; pero las palabras con que el doctor recibió la proposición fueron terriblemente concluyentes:

—He hecho una compra, y no un préstamo, sobre un objeto. Respecto a ese espionaje de que usted se queja, he de advertirle que estoy en mi derecho procurando que la cosa comprada no sufra deterioro, y no pienso retirarlo.

James, frunciendo el entrecejo, y como única despedida, dijo:

—Está bien.

IV

Había trazado su plan de venganza. Esta seguridad de saberse capaz de hacer un daño al doctor llenó su alma de alegría.

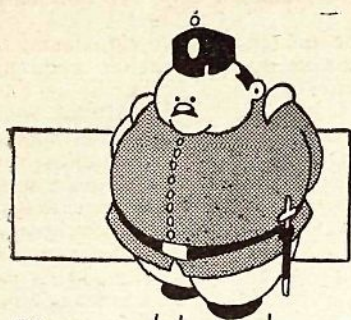
Cruzaba por un parque umbrío; amplios paseos frondosos y laberínticos, gracias a los cuales había logrado dejar muy atrás, despistado, al espía. Se cercioró de no ser visto, y con alegre rapidez sacó de un bolsillo un pequeño revólver, tocóse el maxilar inferior, apoyó en él el cañón del arma...

La bala, dirigida certeramente, destrozó el cráneo.

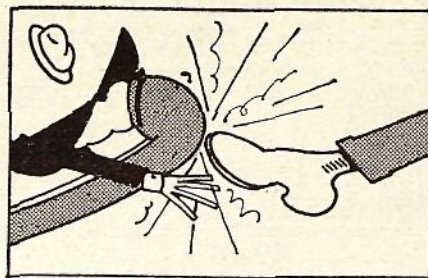
V

El doctor Hart ha presentado ante los tribunales una denuncia contra la familia del difunto James Howes, exigiendo una indemnización por daños y perjuicios.

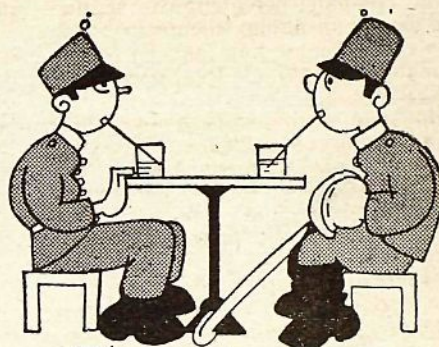
J. SANTUGINI Y PARADA



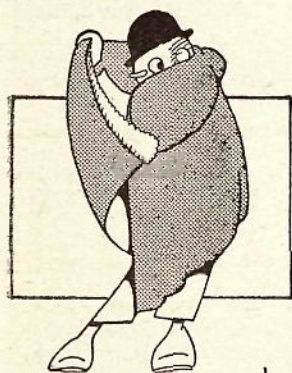
El grueso del ejército



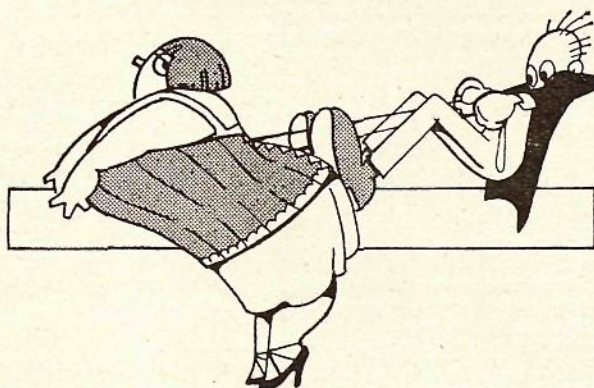
Ataque por retaguardia



Tropas de refresco



Movimiento envolvente



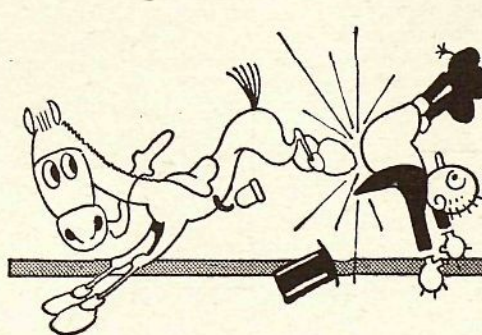
Apretando el cerco



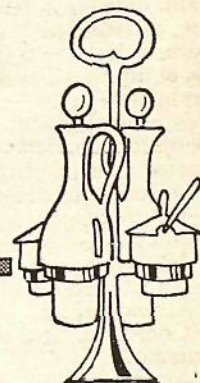
Atacando el ala izquierda



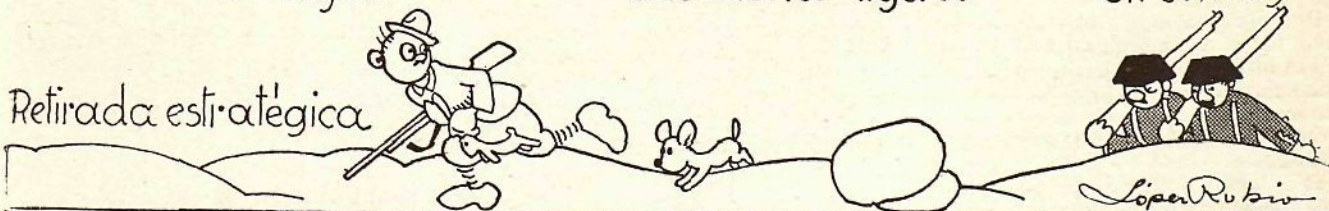
Tres bajas



Caballería ligera



Un convoy



Retirada estratégica



MANIOBRAS MILITARES

(Historieta, por López Rubio.)

LOS HUMORISTAS POR DENTRO

FRESNO

Cuando entramos en su farmacia de la calle de Santa Isabel—¡esto es hacer reclamo y lo demás son tonterías!—, el popularísimo y acertado dibujante que estaba en la trastienda, se acercó a nosotros; nos pareció un boticario de zarzuela o de sainete, estupendamente caracterizado. Tanto, que esperábamos algún chiste, que no surgió sobre los sellos o las pastillas... ¡En su papel, el doctor Gómez Fresno se puso muy serio!...

Luego entramos en su despacho. Escritorios y librerías, microscopios y libros nos hicieron borrar toda idea de camerino. Sin embargo, contemplán-

vas. Contemplativas meramente. Iba al público. No perdía ocasión. Entonces había funciones cortas y el teatro se tomaba una cosa así como *los simones*, ¡por horas!... y eso me venía muy bien, porque en casa apenas se enteraban. Luego ya me fui aficionando tanto, que me surgieron deseos de trabajar en el teatro.

—¿Y logró usted pronto sus propósitos?

en un periódico como *Los Sucesos* que en *BUEN HUMOR*...

A continuación, este hombre prolífico, cético, doctor, farmacéutico, profesor, actor, dibujante, empresario, etc., etc., nos cuenta su niñez.

Fresno ha sido un niño muy bueno. Una encantadora criatura. Era orgullo de sus papás. Se acostaba a las ocho, madrugaba, estudiaba... Esto, que a sus padres les tenía muy contentos, a mí me ha producido una contrariedad. Esto de ser chico formal, no es divertido. ¿Y de mayor?... El nos cuenta:



dole seguíamos viendo en el culto profesor un actor. ¡Esas narices tan eternamente rojas, esa cabellera tan *de cómico* que deja al descubierto una frente amplísima, surcada de arrugas, esos colores en los mofletes!... Estábamos esperando que se levantara y fuera ante un espejo para quitarse el color. Pero, no. Fresno no se quita el colorete ni la peluca. No se lo quita nunca. ¡Es así! ¡Qué vamos a hacerle!

—¿Qué es lo que más le agrada de sus múltiples profesiones?

—El ser actor. Servir pastillas y hacer recetas, no me divierte.

—¿Su afición al teatro data de muy antiguo?

—Desde mi más tierna infancia. Jugaba al corro cantando zarzuelas, y a medida que crecía e iba adquiriendo tamaño natural, iban creciendo también mis aficiones teatrales.

Hace una pausa. Y sigue:

—Primero, mis aficiones eran pasi-



—Pronto, no. Tuve grandes disgustos familiares...

Fresno hace un silencio muy oportuno. Así, yo puedo pensar que él pudo decir aquello de:

«son pláticas de familia
de las que nunca hice caso».

Pero Fresno dice que hizo caso. Por no disgustar a su padre, no se dedicó decididamente al teatro. Trabajaba con pseudónimo en funciones de aficionados, resultándolo como un pecado... Fresno se pone muy grave. Fresno nos dice que es un humorista muy serio. Que su vida es una tragedia. Que estas cuartillas podrán publicarse mejor



—Mi única diversión, el teatro. Mis únicas picardías, era decir que me bajaba a la tienda a irme a ver una función a Apolo. Yo no tenía libertad. Ahora, los chicos tienen más libertades, salen solos hoy...

—«¡Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad!»

—Antes, los chicos gozaban de menos favores que ahora.

Fresno calla. Fresno medita. Se pone sentimental. ¡Caramba, pobre hombre, me digo yo! ¡No hay derecho! Para los padres de familia, este gran dibujante, y empresario, y actor, y etc., etc., habrá ganado mucho en consideración; pero, para mí, Fresno ha perdido. Así no hay modo de hacerle una entrevista a un señor. Todas sus aventuras eran escaparse de su casa, para ver la segunda de Apolo. ¡Vamos, hombre! Si al menos en una de esas escapadas, le hubiera sucedido algo

pintoresco! Pero nos dice que no. Y nos lo dice muy en serio. Esto no tiene gracia. Un humorista debe tener *historia*. Aunque rabie la familia y se pegue con su señora madre política... Porque, vamos, ¿qué saco yo con que sea Fresno un hombre formal? Nada. Y si hubiera sido un *punto filipino* como Xaudaró, por ejemplo, me contaría cosas pintorescas. ¡Luego quiere mi *director que quede bien!*...

—¿Y sus aficiones por el dibujo?

—Son de mi infancia también. Empecé en la Facultad haciendo caricaturas a mis compañeros...

—¡Y a los catedráticos! Eso lo hemos hecho todos...

—¡Hombre!

—¿Le costó mucho trabajo colaborar en periódicos y revistas?

—¡Bah! Me fué fácil. Empecé muy joven esta vida. Mire:

Y nos muestra una *foto*, en la que aparece de espaldas cuando era chico, haciendo la caricatura de su padre, y

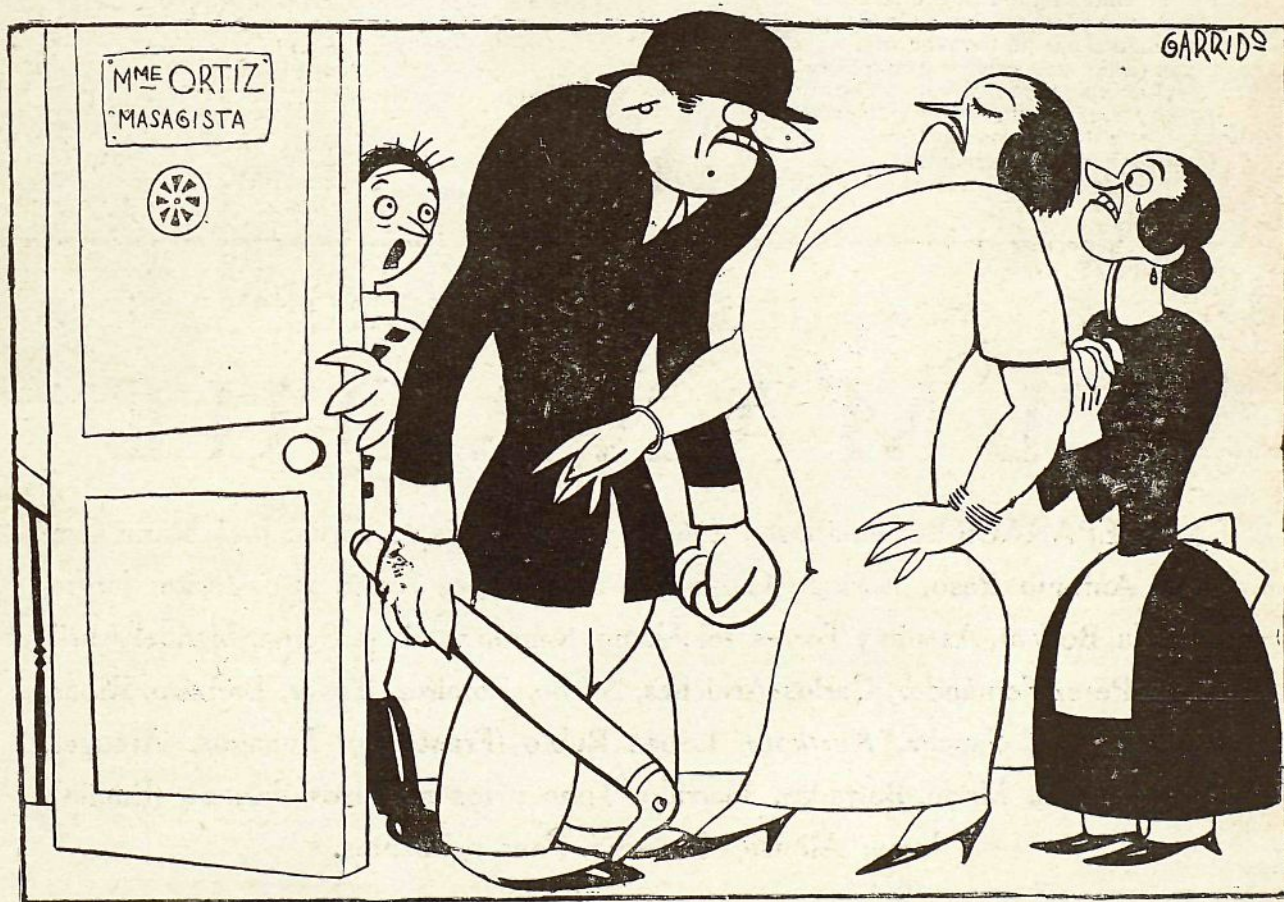


que hoy ofrecemos a nuestros lectores, porque nos ha sido revelada hace un momento. Antes estaba muy negro.

Pronto volvemos a hablar del teatro. Fresno, para *ilustrarnos*, nos de a cogerle otra *foto*. Es un Fresno del-conocido. Un Fresno con toda la barba...

De esta guisa, charlando y contemplando su inapreciable archivo de fotografías y caricaturas personales de cuantas importantes personalidades han pasado por España, y cuantos cómicos, músicos, toreros, etc., han logrado siquiera una modesta popularidad, la noche se ha echado encima y nos vamos. De lo que menos hablamos, fueron de cosas de botica. ¡Ni siquiera del célebre jarabe de Fresno, que es tan popular! ¿Pero, qué digo? ¡Si es el único específico el jarabe de Fresno que no tiene la botica de Fresno!...

ESTEVEZ ORTEGA



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¡Caballero! Haga el favor de retirarse o hago que mis criadas le coloquen en el sillón de operar.

GALERÍA PINTORESCA

EL TÍO DE LA GUITARRA

XII

Yo soy el trovador que vaga errante
por calles, callejones y plazuelas.
Si los guardias me salen por delante,
como activos celosos centinelas,
no me dejéis pasar, mandad que cante,
y que toque, además, las castañuelas,
qué en cuestión de canciones no soy lego
y no le envidio ni a Perico el Ciego.

Las que vivís de lleno en los placeres,
venid, yo halagaré vuestra pereza;
las que bregáis de firme en los talleres,
venid, yo encantaré vuestra belleza;
ancianos que os pirráis por las mujeres,
venid y os contaré vuestra simpleza;
venid a oír el canto de cigarra
del viejo tañedor de la guitarra.

Yo soy el trovador que entre amarguras
canta el amor de la mujer honrada,
no de la de *postín*, ¿qué te figuras?,
de la del pueblo, que es más desgraciada.

Yo ciño mi guitarra con verduras
que en la plaza me dan de la Cebada,
y tengo el perejil, la zanahoria,
y el cardo, y la lechuga y la achicoria.

¡Ven a mis manos, ven, guitarra mía!
¡Baja a mi mente, inspiración cristiana!
y broten de mi pobre fantasía,
callejera, vulgar y chabacana,
coplas de ciego con que en pleno día,

desde que alumbra el sol por la mañana,
pueda cantar con persistente empeño
a la mujer del pueblo madrileño.

Con ellas cantaré a las verduleras
y a las que no lo son; a las modistas,
a las siempre arrogantes cigarreras,
a las chicas del Metro, a las floristas,
y cantaré en estrofas plañideras
a esas niñas sin par telefonistas,
por si quieren, al fin, perdiendo un rato,
ponerse de una vez al aparato.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
el ardor juvenil de vuestros bríos;
yo os prometo, aunque sean a millares,
el secreto guardar de vuestros líos;
lloraré con dolor vuestros pesares,
cantaré vuestros dulces amoríos,
y en mí tendréis, con devoción ferviente,
un amigo, un cantor... y un confidente.

¡Oh, mujer madrileña, luz y encanto
de nuestra hermosa y coronada villa!
Si la musa me sopla el *Viernes Santo*,
que es cuando, humilde, doblo la rodilla,
yo te dedicaré mi tierno canto
sin más premio que un duro en calderilla,
una mirada de tus lindos ojos...
y un beso ardiente de tus labios rojos.

Por el tío de la guitarra, su sobrino,
FIACRO YRAYZOZ

EN NUESTRO NÚMERO

ALMANAQUE

EN PREPARACIÓN, colaboran Zúñiga, Neville, Luis de Tapia, José María Granada, Antonio Paso, Enrique García Alvarez, López Rubio (J.), Zurita, Jardiel Poncela, Bonnat, Asenjo y Torres del Alamo, Ramón G. de la Serna, Manuel Abril, Pedro Pérez Fernández, Carlos Arniches, *Sileno*, Ramírez, Tovar, Barbero, Ribas, *K-Hito*, *Bon*, Sancha, *Karikato*, López Rubio (Francisco), Penagos, Areuger, Padilla, Sáma, Marín, Barradas, Garrido, Tono y los maestros Serrano (Emilio), Luna, Alonso, Guerrero, Font y Fuentes.

52 páginas ocho en colores UNA PESETA



Nuevo aparato de caza patentado. No hace falta perro ni escopeta.

(De The Humorist. Londres.)

DEL BUEN HUMOR AJENO

EVASIÓN LEGENDARIA, por Pierre Veber

La línea recta es el camino
más corto entre dos puntos

CALÍNEZ.

Alimentado abundantemente; instalado en una habitación amplia, con mobiliario sencillo y calefacción central (calor sano); alumbrado por petróleo, excelente para la vista; bañado con agua pura, sin cloro... y todo ello gratis, nótenlo bien... ¿Cómo se le ocurriría abandonar su sinecura?

Por otra parte, nadie le pedía un imposible; trenzaba ingeniosos cordoncillos, dándoles forma de babuchas multicolores. Se le permitía variar de distracciones, ora cincelando nueces barnizadas o bien pintando sobre porcelana faros, escolleras y mares bravíos. Podía asimismo aprovecharse de la biblioteca, llena de libros útiles, propios para el cultivo del espíritu. Únase a estas ventajas la posibilidad de reintegrarse a la sociedad al cabo de algunos años, meditando mientras al abrigo de toda asechanza. En la sombra, podía aprovecharse de esta circunstancia para delimitar su mundo de una mane-

ra absoluta. ¡Cuántas veces los Padres de la Iglesia tuvieron que buscar muy lejos, en el desierto, la soledad y el silencio ininterrumpido de que él disfrutaba!

Pero las malditas lecturas le habían echado a perder. Dumas padre le enseñó el desprecio a las cárceles y al análisis. Respetaba la opinión de sus poetas favoritos, aquellos que tan mal hablaron de las prisiones, y el ardimiento de sus prosistas: «Picciola», de Saintine, «Monte-Cristo», ¿qué sé yo?...

Documentado a medias, se forjó una falsa idea del prisionero en sí mismo, y concentró su esfuerzo en abandonar furtivamente el retiro en que se encontraba.

Mirando a nuestro hombre con cierta indulgencia, consideremos que fué preso por razones políticas. Por culpa de su romanticismo inveterado, se erigió en campeón de los Derechos del pueblo, y se había paseado con un fusil a lo largo de una barricada. Hubo cargas de caballería, rotura de cristales, detenciones... Así se pretendía liquidar diversos problemas sociales, a cuya re-

solución conduciría mejor una discusión cortés aceptada por ambas partes.

Cerca de la barricada se abría la trampa de una cueva. El heroico ciudadano que nos ocupa pudo refugiarse allí y esperar a que pasara la turba de gendarmes. Prefirió adoptar una postura de mártir; le cogieron «con las armas en la mano», como en los folletines. En la vista de su proceso trató a los jueces con insolencia, llamándoles «bandidos», «lacayos de los despotas», «esbirros infames, asalariados por los tiranos». ¡Oh, Víctor Hugo, Víctor Hugo!...

El simpático revolucionario fué condenado a diez años de presidio y la conmiseración universal le rodeó de una aureola. Adoptó un silencio altivo, después de pedir que le dejaran un reloj de repetición, recuerdo de su pobre madre. Así se hizo.

Cuando se aseguró de que no le espiaban, cogió el regalo materno y desmontó las ruedas, que dividió en dos partes: ocultó una de ellas bajo la séptima losa de su celda, siguiendo los cánones novelescos, y enredó sutilmente la otra entre los bucles de su larga cabellera, conforme al método del barón de Trenck.

Procedió según todas las reglas. Primero, el examen del local. Con ayuda de un mango de cuchillo, sondó los

muros minuciosamente... ¡Pan, pan! ¡pan, pan!... ¡Ningún sonido a hueco! No había que contar con subterráneos ocultos. Aquello le desconcertó, porque no se podía pagar con sus folletines.

Quedaba la ventana. Sus investigaciones se concentraron en ella; una triple fila de seis barrotes, con un espesor de tres pulgadas (contaba por pulgadas para ajustarse a la tradición). El muelle del relojito limó hasta quince barrotes. El calabozo en que el infortunado cautivo languidecía sobre la húmeda paja (todo esto es literatura) se encontraba a veinte metros del suelo. El prisionero redujo estos metros a pies, y, en consecuencia, deshiló poco a poco el colchón, sus vestidos, camisas y pañuelos—toda su ropa blanca—para fabricar una cuerda de setenta pies ingleses.

Bajo su ventana, un soldado montaba la guardia noche y día; fácil era matarlo, dejando caer sobre su cabeza un objeto pesado desde aquella altura de veinte metros. Por humanidad, y por temor de fallar el golpe, el generoso prisionero no quiso sacrificar a un inocente; le sobornó con recursos recibidos de fuera, no se sabe por qué medio. Por último, un muro elevado separaba el recinto de la prisión de la calle, mureado de cardos, cascotes de botellas, espinos de alambre y puntas de acero. ¡Todo el repertorio clásico! ¡Se convino en que los conjurados pondrían a su alcance una escala, que—¡naturalmente!—había de ser de cuerdas.

Una noche sin luna (noche de novena), el prisionero, lleno de astucia, ¡no los tres últimos barrotes con cierta precipitación. Sería imposible convencerse de lo fácil que resulta serrar una reja con un muelle de reloj. Sujetó la cuerda a una cornisa, que no podía faltar; se dejó deslizar, atravesó el patio con infinitas precauciones, fijó su escala y subió. Ya iba a saltar el muro cuando...

Un carcelero borracho, que por casualidad pasaba, tropezó con el borde de la escala, levantó la vista y divisó a nuestro héroe temblando de angustia, a caballo sobre el muro. Tal actitud, tanto lujo de precauciones y la cobardía de aprovecharse de una noche sin luna, hirieron profundamente la dignidad del carcelero. Dió la voz de alarma y sujetó la escala. Zafarrancho, toque de rebato en la obscuridad (drama de gran espectáculo), un hormiguero humano en el patio, antorchas pintorescas y lúgubres... Se apoderaron del fugitivo sentado sobre los pinchos, en

los que estaba incrustado sin proferir una queja. «¡Fatalidad!»—murmuró.

Le confinaron durante un mes en un subterráneo, reintegrándole luego a su calabozo, cuyos barrotes habían sido colocados nuevamente. El abatido prisionero oyó fusilar a su cómplice debajo de su ventana.

¡Pobrecillo! En adelante, quedaba suprimida la ropa blanca para mudarse. Pensando en Isabel se resignó. Una cosa le intrigaba, sin embargo: cuando le volvieron al calabozo, su carcelero le había dirigido esta sola palabra, en vuelta en una sonrisa de desprecio: «¡Imbécil!» En tales casos, es costumbre que el carcelero moteje a su huésped de canalla, pillo o bandido; pero no le trata despectivamente. El prisionero reflexionó largo tiempo sobre aquel calificativo, buscando alguna razón que lo justificara. ¿No había dado pruebas de habilidad? Sí... Entonces...

Recomenzó a serrar los barrotes por un puntillo de honor y para utilizar sus muelles de reserva, pero sin poner entusiasmo en la obra. En realidad, comenzaba a encontrarse a gusto en su encierro. Bosquejó al carbón una pintura mural que representaba «El rapto de Europa»; el toro significaba las reivindicaciones del pueblo; Europa se dejaba hacer, medio desvanecida.

Sólo el amor propio le obligaba a reconstruir sus planes de fuga; y como ya tenía costumbre, avanzó mucho en la obra. Ya no existía el atractivo de la novedad. Fabricó otra cuerda y sobornó a otro soldado de la guardia; limó sin ilusión los últimos barrotes... Ya se disponía a deslizarse por la cuerda cuando una idea inesperada cruzó el campo de sus reflexiones:

¿Y la puerta? ¡Nunca había intentado abrirla! La idea le obsesionaba. Para cerciorarse, descendió de la ventana, corrió a la puerta maciza, con enormes clavos embutidos en la madera y sujeta por un cerco de hierro. Agarró el pestillo y tiró hacia sí ligeramente.

La puerta se abrió. No estaba cerrada. Jamás se había cerrado. Varias telas de araña tapizaban el interior de la cerradura. Seguramente se había contado con el efecto moral de los herrajes y con la leyenda de las puertas de calabozo.

Nuestro hombre se sentó a meditar. «El carcelero tenía razón—pensaba—. ¡Soy un imbécil! Estas gentes son listas y han hecho un cálculo hábil sobre dos verdades incontestables: *Primera*, el exceso de precauciones compromete el éxito de las grandes empresas. *Segunda*, nunca se nos ocurre recurrir

a lo más fácil. ¿Obraría prudentemente intentando una nueva evasión tomando como modelo la ya fracasada? ¿A qué conduciría el darles otra prueba de ingratitud? «Lo prudente es que yo les aventaje». Despidió al centinela del patio, que ya se impacientaba; recogió la cuerda y colocó los barrotes en su sitio. Cuando terminaba estas operaciones, sintió los pasos inseguros de un carcelero beodo a lo largo de la muralla.

Durmió poco. Durante la noche se forjó un plan, que ejecutó punto por punto al día siguiente. Helo aquí:

A mediodía abrió la puerta del calabozo y se aventuró en el corredor. Conviene advertir que llevaba puesto su uniforme de penado. Hizo el mayor ruido posible sonando sus zapatones sobre el pavimento. Pasó ante el celador de la galería cantando fuerte y mirándole con insolencia, y hasta se volvió para preguntarle:

—¿Ha visto usted qué tiempo tenemos? ¡Hace un magnífico día de sol!

El prisionero se coló en el despacho del director de la penitenciaría:

—¿Puede decirme a qué horas salen los trenes para París?

El director consultó una guía:

—Mmmmm... A las tres y a las seis y diecisiete.

El fugitivo atravesó el patio sin apresuramiento; entró en el Cuerpo de guardia y pidió lumbre para encender su pipa. Le dieron una cerilla. Entonces, lentamente, se dirigió hacia la salida. Entró en la portería, se colocó a plena luz y preguntó intencionadamente al portero cómo encontraba su traje. Aquél respondió: «No le sienta mal. Si acaso, un poquito ancho. Habría que cogerle unas pinzas de aquí». Y mientras hablaba, recorría con el dedo varias costuras.

Dió las gracias y se salió con las manos en los bolsillos, como quien va a tomar el fresco. Una vez en la calle, marchó por el centro de la calzada, camino de la estación. Aguardó el tren de París que llegaba a las tres, y montó en él. Su familia le recibió llorando de alegría.

Algunos días después, publicaban los periódicos:

«Un condenado político acaba de fugarse de la Penitenciaría de... Esta evasión se ha realizado en inauditas condiciones de audacia y de intrepidez. Se ha perdido la pista del forajido. La Policía lo busca activamente».

¡Y aún sigue buscándolo!

M. V.

BUEN HUMOR se vende en LA HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pi y Margall, 135-139.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

P. M. S. Madrid.
Perdone que se lo llame,
pero su cuento es infame.
Ceneque. Barcelona
Su artículo *Los dos sordos*
no vale dos perros gordos.

LIBROS DE RISA LUIS ESTESO

recomienda a ustedes que lean sus libros últimos, si quieren pasar horas deliciosas de grato placer.

	Pts.
Chistes míos y de ustedes.	2,00
Teatro fácil (16 comedias).	2,00
Cincuenta monólogos....	2,00
Novelas y Monólogos escogidos.....	3,00
Chistes y cuplés (70 cosas)	2,00
La sala del crimen (novela).....	2,00
Animales caseros.....	1,00
La Vanagloria (novela)....	3,00
300 chistes nuevos.....	1,00
Diálogos y entremeses....	1,50
Conferencias, monólogos, parodias y humorismo..	2,00
Para que rían las mujeres, y El campo y sus hombres.....	1,00

Pedidos: LUIS SANTOS
Carretas, 9.—Madrid
Envíos contra reembolso

El Kaid. Meme. Ceuta.—Los dibujos que usted nos manda, no nos dicen nada en terreno humorístico. Son trabajos de academia, pero nada más. De su perfección, meramente escolástica (y algo Laureana).

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

na), no es cosa de hablar aquí. Están bien, pero no tienen gracia; algo de lo que dijo la zorra al bus-to: son cabezas hermosas, pero sin sexo.

Una apuesta. Torrelavega.—Ha perdido usted la cena, porque su artículo no se publica. ¡Que les aprovechen los dos pollos a sus amigos, y usted que lo vea! Y decimos que lo vea, porque suponemos que con el disgusto se le habrá quitado el apetito, y no podrá atra-

vesar ni el más mínimo trozo de muslo.

M. A. Melilla.—No sirve. Elzugaray. San Sebastián.—Cuento imbécil que nos largas, cesto que te tienes pues. ¡Burro como catedral que te eres o así! ¡Apañado que te estás, Elzugaray, caray!

pavipollístico, para su publicación consiguiente.

do, opinaría de un modo diametralmente opuesto al de usted. La cues-

SASTRERÍA LORITE

Corredera Alta, 19

Trajes y gabanes desde 35 pesetas

FAJAS DE GOMA

Sostenes IDEAL

PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

Feno. Madrid.—¡Sus versos son malos como parricida alevoso y

tién, por tanto, tiene difícil arreglo. Quizás un tiro de pistola... O un ve-



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

T. M. C. Málaga.—Su novela es menos interesante que la cuenta de la lavandera.

B. A. Burgos.—Es muy corto eso de *La sequía*, hasta tal punto que no

reincidente... vamos, como el que primero mata a su padre y unos meses después despena a su cariñosa mamá!

C. B. M. Madrid.—Ernesto Polo nos encarga digamos a usted que el morrocoído problema que usted le plantea, no está en sus manos (ni en sus pies) solucionarle. *Síleno*, consultado sobre el caso, dice lo mismo. Y el escritor a que usted se refiere (y cuyo nombre llamamos como difuntos), si fuese consulta-

nenso activo... ¡Piénselo usted, que es el ofendidol...

Lea usted "Vida Madrileña"
Anuncie en

Oficinas: Fuencarral, 166

Director: DOZ DE LA ROSA

llega al tamaño mínimo que han de tener los trabajos para insertarse. No obstante, por las muestras (por las pocas muestras) se ve que sabe

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

usted lo que se trae entre manos y que versifica usted con mucha más soltura que nosotros hacemos encaje de bolillos. Conclusión: que creemos que puede usted hacer más y lo hacemos constar con absoluta seriedad y hasta cejijuntos si usted quiere.



Seguramente usted deseará
recibir el interesante

CATÁLOGO ILUSTRADO

de las graciosísimas

— B R O M A S —
Y S O R P R E S A S

Acaban de publicarse la nueva edición 1924-25
del catálogo y un librito de Explicaciones

ENVÍENOS SU DIRECCIÓN
e inmediatamente se le remitirán

DEPARTAMENTO ESPECIAL
PARA VENTAS A PROVINCIAS

SALVADOR CUESTA

Príncipe, 10. Madrid



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **aun en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—En un fuerte hay cuatro soldados solamente, y hacen falta treinta y dos. ¿Cómo te arreglarías tú para tenerlos?

—Muy sencillo. Se les arma con toda clase de perrechos y, como hombre prevenido vale por dos, ya son ocho. Les pego una paliza que los doblo, y hacen diez y seis. Y, finalmente, como son **soldados** se les despega por la soldadura, y ya tenemos treinta y dos.
Juan Góngora.—Melilla.

Un caballero detiene un taxi y pregunta al chófer:

Bodegas de los CEAS

Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

—¿Cuánto me costaría dar un paseo en el auto?
—Según el tiempo.

VINOS DE LA COLONIA DE SAN JOSE

Fuencarral, 94 duplicado
Teléfono J. 718

—¡Hombre! Estando el tiempo bueno.

Torrado.—La Coruña.

Un cesante penetra en una zapatería de saldo a comprarse unas botas. El dependiente repara en que va con los mismos calcetines que usaba nuestro padre Adán, y le dice humorísticamente:

Sostenes IDEAL PRESA

Fajas de goma

Santa Engracia, 64

(próxima apertura).

Casa central: Fuencarral, 72.

—¡Amigo, lleva usted calcetines irrompibles!

Y el cesante contesta muy serio:
—¡Sí, señor! ¡Y los calzoncillos son también de la misma tela!

Antonio Fabra.—Liria.

Gedeón, soldado.

—Diga usted, mi capitán: ¿cuáles son los soldados más expuestos en una acción?

—¡Hombre, los que están en la vanguardia! ¡Así como los menos

expuestos son, por lo general, los que van en la retaguardia!

—Y digo yo: ¿por qué no los colocan a todos en la retaguardia?

Somebody.—Madrid.

¡Y no hay quien a mí me tosa!

¿Qué pasa? ¡Vamos! ¿Quién vive?

¡Yo no le puedo toser!...

orque uso arabe Orive.

Un borracho entra detenido en una Comisaría.

EL COMISARIO.—¿Dónde vive usted?

EL BORRACHO.—En el puente de Vallecas.

EL COMISARIO.—¿Su profesión?

EL BORRACHO.—Navegante.

EL COMISARIO.—¿Cómo navegante?

EL BORRACHO.—Es que acabo de atravesar el Pacífico, que es donde he pescado esta merluza.

E. Almiñana del Valle.
Madrid.

Entre amigos.
Me han dicho que piensas casarte.

—Es cierto.

—¿Y qué tienes tú para comer?

—¡Hombre..., tengo la boca!

Mauricio de Gandry y Alexis.
Madrid.

Examen de Medicina:

PROFESOR.—¿Qué le daría usted a un enfermo de pulmonía?

ALUMNO.—Un sudorífico.

PROFESOR.—¿Cuál?

ALUMNO.—Si no le convenía un

sudorífico, pues otro sudorífico. Y si no, otro sudorífico. ¡Como hay tantos!

PROFESOR.—Bueno, pero ¿y si no sudaba con ninguno?

ALUMNO.—Entonces, le traería aquí, le sentaría en la silla donde yo estoy ahora, ¡y ya vería usted si sudaba!...

Bartolomé Guadilla.
Bilbao.



HERNIAS
Bragueros científicamente
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agosto Figueroa 8

En una reunión refería un individuo sus hazañas de cazador y decía:

—Cuando tuve al león delante de mí, caí sobre él como una fiera y le corté la cola...

ALBERTO RUIZ

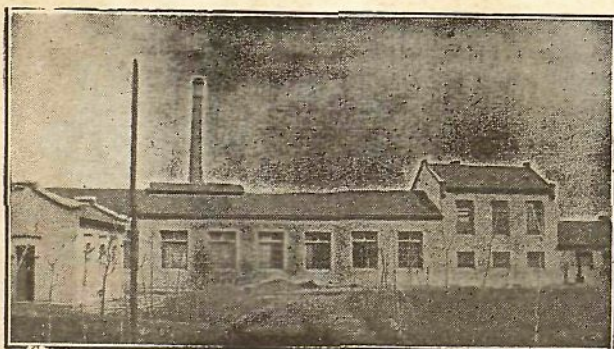
JOYERÍA.—CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

—¿Y por qué no la cabeza?—Interrumpió un concurrente.
—¡Imposible!... Se la había cortado ya alguien antes de que yo le viera...

Antonio Lobo.

LA PAQUITA NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO



BALBINO CERRADA

41, Antonio López, 41

Teléfono 23-33 M.

(A cinco minutos del Puente de Toledo)

MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, satinados finos, dibujos, escribir, etc.

ALMACEN:

Plaza del Matute, 6

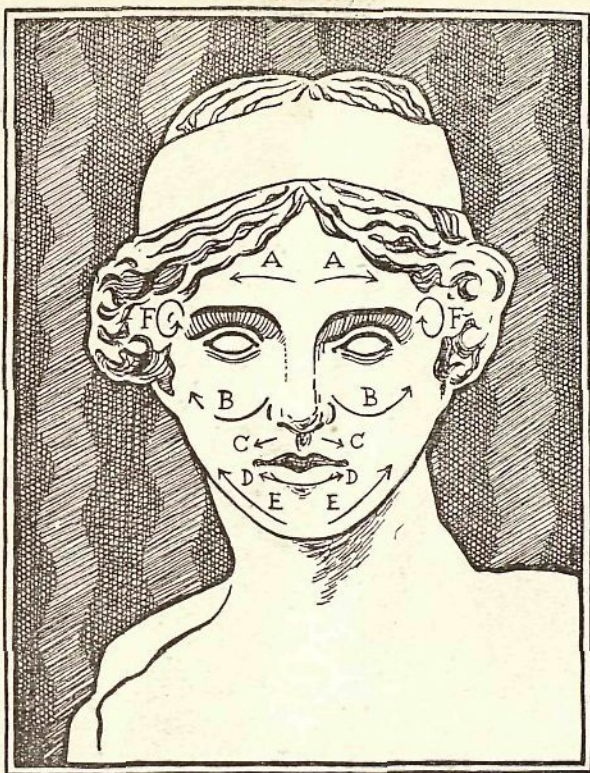
Tel. 50-05 M.



MEDEL

GRAN VÍA, 18
REQUITES
COCHES DE NIÑO

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—Le he enseñado a papá los versos que me enviaste...
—¿Y qué dijo?
—Que estaba encantado de ver que no me iba a casar con ningún poeta.

Dib. TONO.—Madrid.